

EL ESPEJO



EL ESPEJO
NÚMERO 9

2017

DIRECCIÓN

Hilario Jiménez Gómez, Marisa de Llanos Pérez y Diego González

DISEÑO DE PORTADA Y CONTRAPORTADA

Juan Ricardo Montaña García

MAQUETACIÓN

Mercedes, estudio de diseño gráfico

EDITA

Asociación de Escritores Extremeños

PATROCINA

Excma. Diputación Provincial de Badajoz

COLABORA

Junta de Extremadura

© de los textos, sus autores

DEPÓSITO LEGAL

Impreso por el Servicio de Publicaciones de la Diputación Provincial de Badajoz

La Asociación de Escritores Extremeños cumple en apenas unos meses treinta y cinco años, una edad que nos acerca a la madurez y nos invita a hacer memoria. Por eso hemos decidido dedicar este número de *El Espejo* a recordar cuál era el panorama literario en la época anterior a su fundación y al posterior proceso de normalización. Para ello, tras la colaboración especial del poeta Fermín Herrero que abre la revista, contamos con una crónica en la que Diego González rinde homenaje a los compañeros que protagonizaron ese período previo a la AEEX y con un artículo de José María Lama en torno al controvertido II Congreso de Escritores Extremeños y al ya casi legendario “Manifiesto palmario, horrible, pero necesario, contra el arte rupestre del siglo XX en el oeste de España”.

La entrega cuenta además con el habitual apartado de creación, en el que, para dar cabida en nuestras actividades al mayor número posible de socios, participan autores que nunca antes habían aparecido en la sección, y se cierra, como de costumbre, con un nutrido apartado de “Notas de lectura”.

Esperamos que este noveno número, con el que queremos seguir dando periodicidad anual a la revista, publicado gracias al generoso y constante apoyo de la Excelentísima Diputación Provincial de Badajoz y al esfuerzo de muchos compañeros, sea de vuestro agrado.

Juan Ramón Santos
PRESIDENTE DE LA AEEX

A FAVOR DE LA BELLEZA

FERMÍN HERRERO

La amplia y nutrida obra del poeta Fermín Herrero (Ausejo de la Sierra, Soria, 1963) ha recibido varios premios como el Hiperión, el Alfons el Magnànim, el Ciudad de Salamanca o el Gil de Biedma por *Echarse al monte* (1997), *Tempero* (2011), *De atardecida, cielos* (2012) y *La gratitud* (2014). Por su reciente libro *Sin ir más lejos* (Premio Jaén de Poesía) se le ha concedido el último Premio Nacional de la Crítica.

Las palabras que siguen (y que han sido retocadas por el autor soriano para *El Espejo*) formaron parte del discurso pronunciado por el poeta en abril de 2015 con motivo del Premio Castilla y León de las Letras. El jurado acordó por unanimidad concederle este galardón «por su capacidad para conciliar la poesía clásica y la moderna, usando un lenguaje que rescata los pesares y sentires de las gentes del mundo rural, desde una dimensión del tiempo distinta al ajetreo de lo inmediato, un tiempo detenido en el que dignifica la humildad, destacando la letra menuda del vivir».

Siento tener que hacerlo en estas circunstancias tan gozosas, pero debo darles una pésima noticia: el mundo no tiene solución o es muy improbable, a mi juicio, que la alcance. No acudiré a predicciones milenaristas, ni a pavorosas proyecciones demográficas, impactos de cuerpos celestes con explosiones nucleares, apocalipsis terroristas o distopías a partir de seguros desastres ecológicos o del colapso del planeta debido a la sobreexplotación. No, sencillamente lo sé de mala tinta porque me voy conociendo bastante bien a mí mismo y, sin embargo, he resultado elegido para endilgarles este discurso.

A este respecto debe evitarse, para empezar, caer en la tentación, en el fraude de la demagogia fácil. No hay alternativa preferible conocida al Estado de Derecho que nos hemos dado –no quiero ni recordar las aberraciones totalitarias del siglo anterior– y en el que, por tanto, junto a la división de poderes, no cabe sino profundizar. Ahora bien, este sistema de convivencia, el mejor dentro de lo malo, lleva en sí la devaluación, si no la aniquilación, del espíritu; un sacrificio de lo estético, de lo sublime, para regodearse sólo en lo material. Podrá gozar –y qué duda cabe, es algo deseable y difícil de conseguir– una sociedad de un amplio bienestar y progreso, mientras dependa del espectáculo y de

los índices de audiencia, entregados, por no necesitar ningún esfuerzo intelectual, a lo frívolo, a la ordinariez, la zafiedad y la alienación, a la larga, está perdida.

Es imprescindible, en consecuencia, que no dejemos que la muerte, aunque seamos sus rehenes, reine sobre nosotros, que el nihilismo gobierne nuestros actos. No hay que cederle ni un palmo de terreno, que es suyo, pero que interinamente nos ha sido concedido, por una especie de enigmático milagro. Ahora bien, esta gracia regalada, este don sagrado lleva impreso un imperativo moral a favor de sostener el aliento para las generaciones venideras y un deber íntimo: religarse continuamente a lo numinoso, celebrarlo, nombrarlo. Porque además, y acudo en mi defensa a un axioma de François Cheng: “La verdad es que cuando se desvanece toda noción de lo sagrado es imposible para el hombre establecer una verdadera jerarquía de valores”. Lo mismo sucede con la humildad: es un aprendizaje, como todos, por otra parte, que nunca acaba, que se pierde en cada acto, en cada salida a campo abierto, por lo que hay que procurar volver de inmediato, con esperanza, con convencimiento, a su expuesto e intrincado camino.

Lo sagrado, que fija lo espiritual, pervive en la armonía, en la belleza, y que ésta se dé, sin más, “la rosa sin porqué” de Angelus Silesius, sobrecoge. Y a ella nos debemos. En la creación, que ha sobrevivido al mundo, la presencia de la belleza primordial es indudable, pide la palabra poética capaz de traspasar el tiempo, persigue una duración que prolongue el instante hacia la trascendencia o, en su defecto, el espejismo de una percepción durativa que nos sirva en el vivir. Por eso, como necesidad acuciante, como mester de realización y de superación, me di hace años a la poesía, que en este orden de cosas tiene una ventaja grande de partida: es una entrega en vez de un oficio y, por añadidura, inútil, en cuanto evita de entrada cualquier trato con el pragmatismo.

En esto, como en tantas cosas, por ejemplo a la hora de escoger como amigos a los buenos, tuve suerte, no me equivoqué, puesto que elegí lo más sencillo para escapar como decía Petronio “al viento, las asechanzas y la pálida imagen de la muerte”.

Así que, aunque el mundo me resulte ininteligible y piense, en consecuencia, que no tiene solución, es indudablemente hermoso, es más, hasta es posible que la belleza y la verdad que arrastra, tal y como presagiara Dovstoevski, atañan a su salvación, siquiera sea porque le proporcionan protección y cuidado. No obstante, y eso es lo que quería decir al principio, para intentar arreglarlo, de tener arreglo, por lo pronto para no estropearlo más, hay que empezar en carne propia, sin arrogarse superioridad moral alguna, para después, a ser posible, salirse, mediante la bondad, de uno mismo y darse a los demás. Por ahí podría empezarse en la búsqueda del sentido salvífico: por la defensa de lo menudo, de lo efímero, de lo frágil. Luchar también contra la pérdida de la memoria, que sostiene el hilo que nunca debe romperse, el de la tradición, para vislumbrar, siquiera sea de paso, el punto medio de la sabiduría. Hasta llegar al misterio más grande que engendra nuestra conciencia, el amor, en el que no entraré por entender que, aun siendo sin ningún género de dudas el fundamental, se sitúa fuera de la naturaleza de este escrito. No profundizaré, en consecuencia, en éste ni en otros asuntos porque no me parece sitio, ni ocasión, y porque, por otro lado, de lo único que puedo alardear es de mi ignorancia y, a veces, del estupor subsiguiente.

También, eso sí, de mis lecturas, que cada quince días comparto desde hace un tiempo dentro del suplemento de culturas de *El Norte de Castilla* “La sombra del ciprés”. Y, entre ellas, por supuesto, las de quienes me han precedido en este trance. ¿Qué región podría presumir de tener, ya que estamos en esta ceremonia, entre los cinco primeros

laureados a tres premios Cervantes y a un poeta crucial, decisivo para la lírica española contemporánea? (“Siempre la claridad viene del cielo,/ es un don: no se halla entre las cosas/sino muy por encima...”). Y, posteriormente, algún otro que espero pronto sea distinguido con el máximo galardón de nuestras letras. Y nunca está de más nuestra proverbial medida, pero como castellano y leoneses deberíamos enorgullecernos, mimar, escuchar a los que guardan la llama de lo sagrado, potenciar a estos creadores impares para intentar silenciar el ruido procedente de los aparatos y el poder letal de las nuevas tecnologías.

El malentendido que me ha aupado hasta esta tribuna que no me-rezco y donde me siento un tanto incómodo procede de mi docenilla larga de libros de poesía. Me veo en la obligación, pues, de referirme en concreto, brevemente, a ellos, así que, para terminar, les echaré un poema de *El tiempo de los usureros*, que vio la luz hace ya, madre mía, otra docena de años. Se sostiene en su semántica con palabras viejas de Castilla, que tanto amo, decantadas durante siglos, con el sabor, para mí, de lo auténtico, de lo verdadero, e intenta arrimarse a la articulación del pensamiento, entrecortada, elíptica y con sobrentendidos, a esa sintaxis implícita, seca, que caracteriza y delata a las gentes de esta tierra, a muchos de nosotros. Ambos aspectos proceden de una civilización campesina a punto de finiquitarse, la que conservaba un castellano natural propio, por caso, de la hermosura de la prosa de Santa Teresa de Jesús.

Son versos que hablan en su nombre y en el de la generación de mis padres, que apenas pudieron ir a la escuela porque los pilló la guerra y, luego, sufrieron los años de la cáscara amarga. Son palabras que vienen de un lugar olvidado, sumido en la condena del abandono; desde el alto llano numantino y machadiano, desde una comarca con menos densidad de población que el desierto del Sahara; allí, con la naturaleza apenas mancillada por el hombre, sin mundo, la poesía está, anda suelta.

Ahí va, pues, para concluir, el poemilla, titulado, por razones obvias, "Catastro". Está en segunda persona porque me lo dirigí a mí mismo y suelo leerlo en público de cuando en cuando para recordarme quién aspiro a ser y de dónde vengo. Tal vez, si no de consuelo ni de compañía, por lo menos a alguno de ustedes les pueda servir de cierto provecho.

CATASTRO

Donde amapola, di ababol, y, si se puede, cardo. Y al vino, vino. Donde collado, altozano o alcor, otero, escribe llanamente cerro, alto o cuesta, loma. No digas lo que nunca se dijo, lo que no se dice en tu pueblo. Más vale mayo frío, la paja poca y el trigo mucho. No impongas a la tarde la añoranza si es falsa o aprendida, anota simplemente el silbido del viento en los linares. No recuerdes la muerte aunque te tenga, piensa que de tanta mies se emboza el peine cada día, que eres este momento. Y al vino, vino: sólo la miga, el tuétano. Tampoco hables más de la infancia para embaucar al olvido, precisa la orfandad del muérdago en el hayedo. Más vale mayo frío. Si tempero, arraigas; si membrillo, aromas; si cierzo, tiritas. Di berro, ortiga; di bálago, acebal. No niegues la palabra amor, tampoco entrega, ni prodigio, ni tú. Ahora bien, antes de escribirlas, hazlas.

POESÍA EN BRAGUETAS

DIEGO GONZÁLEZ

Cuando los sastres cambiaron la portezuela que cerraba la delantera del calzón por una bragueta más cómoda, en España los moralistas se indignaron ante tal indecencia, hasta el punto de que la Inquisición la prohibió. Para erradicarla se utilizó la figura del verdugo, permitiéndole el uso del invento diabólico solo a él. Resultó inútil, pues a pesar de que ningún hombre decente podía llevar lo que portaba el sayón, con el tiempo la bragueta fue ganando adeptos.

Mientras que la España de los 60 se adaptaba a su nueva bragueta, Extremadura participaba, en menor medida y de una forma más lenta, de los procesos de cambio. El desarrollo de una economía que hacía surgir una clase media con mayor poder adquisitivo propiciaba que se consumiera más ocio y cultura. Estaban de moda los tocadiscos, los LP's, el Seat 600, las minifaldas y las vespas.

No sé qué música sonaba en las calles de Villanueva de la Serena en los 60, pero lo que sí retumbaba cada sábado por la mañana era la vespa de Tomás Chiscano, porque en aquellos años las vespas no solían arrancar a la primera. Había que arrastrarlas un poquito. Una, dos, tres patadas, motor en marcha y cada sábado Tomás y su mujer ponían rumbo a Badajoz. Casi 250 kilómetros de ida y vuelta en el asiento de

una moto para encontrarse con un grupo de amigos a los que les movía un curioso interés: recitar.

“Era un encuentro que organizaba Esperanza Segura Covarsí. Llamábamos a aquellas citas los *Sábados de Esperanza*. Nos juntábamos para hablar de cultura, de poesía, de libros, intercambiar publicaciones, discutir sobre política... Y recitábamos nuestros poemas”. Así recuerda Chiscano unos encuentros que se realizaban en la antigua y elegante casa de los Covarsí. Por allí pasaron, entre otros, Jesús Delgado Valhondo, Luis Álvarez Lencero, Manuel Pacheco, Carlos Villareal, Julio Cienfuegos, José Poblador, Eva Callejo o los pintores Francisco Pedraja y Antonio Vaquero.

Esperanza, hija del escritor Enrique Segura y sobrina del pintor Adelardo Covarsí, fue una mujer de ideas avanzadas que destacó por su lucha en la igualdad de derechos de la mujer. Durante mucho tiempo consiguió juntar a lo más destacado de la cultura regional en una tertulia que se celebraba los sábados entre las cinco y las diez de la noche, una iniciativa que comenzaría en 1951 y que se prolongaría durante años.

Aquellos encuentros no eran los únicos. Entre los años 50 y 60 la capital pacense acogió numerosas tertulias por las que se movía el mundillo literario extremeño. Eran famosas las que organizaban José López Prudencio, Manuel Monterrey, José Díaz Ambrona o Emilio Sanz de Morena. Veladas que se celebraban en domicilios particulares o en lugares como la Real Sociedad Económica de Amigos del País o los salones de La Marina.

Eran tertulias que terminaron trasladándose a la calle, como ocurrió con la de Esperanza, que se acomodaba en los jardines del museo arqueológico o en la placita de La Marina cuando el buen tiempo acompañaba. Allí, ante la curiosa mirada de mucha gente, se improvisaban lecturas y recitales. “Aquello no era fácil –advierte Chiscano–. Vivía-

mos unos momentos duros y difíciles y más de una vez nos llamaron la atención. Es que había gente que se quejaba de lo que hacíamos.”

A principios de los 70 el número de tertulianos creció, se habían incorporado escritores como Jaime Álvarez-Buiza, José Miguel Santiago Castelo, Moisés Cayetano o un joven José Antonio Zambrano. Un grupo al que Manuel Pecellín denominó Los sabáticos. “El interés por participar aumentaba, cada vez éramos más y a la gente le gustaba escucharnos. Nos empezaron a llamar de los pueblos para que fuéramos a recitar. Al principio lo hacíamos en casas de particulares y allí acudía la gente, pero el sitio se quedaba pequeño y comenzamos a hacerlo en salones o en plazas. Teníamos que estar pendientes siempre de que no hubiera ningún guardia civil cuando llegábamos al pueblo, de que no nos vieran llegar para que no se fastidiara todo”, comenta Chiscano entre risas.

La idea de llevar la poesía a los pueblos partió de una convocatoria que la “Sociedad ‘El Obrero Extremeño’ de Almendralejo” hizo el 20 de agosto de 1975. Bajo el título *Convivencia Poético-Literaria*, y siguiendo el ejemplo de otras citas similares, en el municipio pacense se congregaron numerosos poetas inéditos de la región. Cuenta Manuel Pacheco en el prólogo de la antología *Poesía Extremeña Actual* que aquel acto sería el inicio de las lecturas que empezaron a sucederse por muchos enclaves de Extremadura.

Entre los poetas de aquella convivencia estaban Álvarez-Buiza y Zambrano. No sé de qué color tendría Zambrano el pelo en los 70, pero ahora es blanco. Es amable, su pelo también, y sonrío cuando te invita a entrar en casa. Una vivienda enorme de Almendralejo, con una gran biblioteca repleta de libros y estanterías que cubren espacios y se elevan por encima de la puerta. Entre tantas obras, Zambrano guarda muchas de las publicaciones que se intercambiaban en aquellas

veladas de Badajoz o que se usaron como lecturas en las plazas de los pueblos.

“Los poemas tenían que pasar antes por el Gobierno Civil para poder ser leídos delante de la gente. Aquello tenía el encanto de lo prohibido, tenía algo especial. Recitábamos en las plazas, encaramados en sitios curiosos”, como los remolques de tractores a los que subía Santiago Castelo para que le pudieran ver bien. En unas plazas que cada vez estaban más abarrotadas de público.

“Aprovechábamos la megafonía de las ferias, lo que fuera, cualquier cosa servía”, recuerda Tomás Martín Tamayo, que estaba entre la treintena de poetas que pusieron en marcha los recitales. “Creamos un núcleo importante, éramos muchos y eso nos permitía que pudiéramos estar el mismo día en Villanueva, Zafra y Almendralejo, por ejemplo. Eso no se había visto nunca. La gente se rompía las manos cuando recitábamos, tenían ganas de caña y nosotros dábamos caña”.

En muchas ocasiones a esa “caña” se añadía música. Les acompañaban cantautores como Pablo Guerrero o Luis Pastor, por lo que aquellos actos comenzaron a ser masivos, hasta el punto de congregarse a 5.000 personas un caluroso día de agosto del 75 en Villanueva de la Serena, otras 5.000 en las calles de Albuquerque, 2.500 en Montijo... cifras que se repitieron por todos los pueblos durante un año. Un año en el que los extremeños salieron a la calle porque querían escuchar lo que tenían que contarles unos tipos que escribían y recitaban. Algunos hablaban de la Generación del 75, “otros preferimos llamarlo el movimiento poético-musical del 75”, puntualiza Moisés Cayetano. Aquella situación empezó a ser incómoda para algunos, incluidas las delegaciones del Ministerio de Información y Turismo, que decidieron vetar muchos de los poemas que se leían, pidiendo encarecidamente que no se siguieran organizando este tipo de eventos, lo que generó numerosas anécdotas.

En Santa Amalia, en una lectura de Zambrano y Pacheco, Justo Vila pidió subirse al escenario para acompañarles. “Estaba fichado, así que, en cuanto se puso a recitar, la Guardia Civil subió a por él. Y mientras tiraban de él para llevárselo, él seguía recitando a voces”. Zambrano cuenta que a muchos de ellos les sacaban del acto y les invitaban a abandonar el pueblo. Otras veces les amenazaban. Y en alguna ocasión, aquellos encuentros terminaron en incidentes públicos. “Durante una lectura en Mérida se presentó la Guardia Civil para desalojar el local y se armó una gran protesta. Ante el revuelo, los guardias cargaron contra todos, menos contra Valhondo, que estaba recitando. No le hacían ni caso. Y a él le molestó mucho aquello, les gritaba: ¿a mí no me hacéis caso?, que soy de la ORT (Organización Revolucionaria de Trabajadores)”.

Otro de los que tenía que acudir a la Delegación Provincial de Información y Turismo para enseñar los textos era Moisés Cayetano, uno de los promotores de aquellos festivales culturales. “Llevábamos los textos de los poemas o canciones y, sobre la marcha, el delegado o su secretario los leían y tachaban versos, poemas o canciones completas. Y a los actos iban informadores gubernativos, que podían pararlos si veían que eran subversivos”.

También hubo algún detenido. Cuenta Tomás Martín Tamayo que a Buiza y a él les detuvieron en Montijo. “Teníamos que enseñar los poemas que se iban a leer para que nos dieran el visto bueno, pero nosotros nos guardábamos la metralla. Normalmente no ocurría nada, pero aquel día un sargento de la Guardia Civil fue a vernos y comparó los poemas que habíamos presentado a las autoridades y los que estábamos recitando. Aquello no coincidía, así que vinieron a por nosotros. Al terminar se presentaron dos miembros del Servicio de Identificación y nos detuvieron. Nos metieron en una habitación durante cinco horas. Intentaban asustarnos y luego nos soltaron”.

Pero otras veces la metralla colaba, como relata Moisés Cayetano. “En Cheles recité un poema en el que hablaba del ‘canalla que nos persigue’ y un buen amigo y gran actor teatral y poeta, Fidel Perera, me dijo luego entusiasmado que la gente había entendido mi mensaje sobre el canalla, sobre el dictador. Después me enteré de que la realidad era otra: a uno del pueblo lo apodaban ‘el canalla’ y lo que ocurría era que reprimían una tremenda chacota los asistentes”.

“Éramos muy jóvenes -rememora Tamayo con nostalgia- y cuando se tienen 24 o 25 años todo es ilusión, no te reservas nada, no te proteges, vas a pecho descubierto. Fue una época de ilusión, no he vuelto a tener esas sensaciones. Queríamos romper con lo que había, pero no sabíamos qué era lo que vendría después”.

Y llegó la década de los 80. Faltaba el advenimiento del “después” de Tamayo, pero ya no estaban de moda las vespas. Tampoco recuerdo qué música se escuchaba en las calles de Villanueva de la Serena en 1981, pero lo que sí conserva mi mente con total nitidez fue el daño que hicieron las hombreras a la moda de aquella época y mi victoria en un concurso de disfraces, al que acudí vestido de Sandokán. Sí, un retraso televisivo. Aquel año se moría Chanquete en Nerja y yo me vestía de uno de los personajes que había triunfado en los 70. Pero es que en Extremadura seguíamos participando en los procesos de cambio de una forma más lenta. A la poesía le pasaba lo mismo. La recompensa a mi premio fue dinero para adquirir libros, así que mis padres aprovecharon para llevarme a un recital en el Colegio Santiago Apóstol.

Aquella tarde se quedó marcada en mi memoria. “¡Y que no le parta un rayo / la cresta por la mitad / a este cuervo de corral / santurrón y papagayo!”. El acto se desarrollaba en el gimnasio del colegio. Cuatro paredes llenas de espalderas y varios potros y colchonetas que se amontonaban a un lado con el objetivo de abrir hueco y que la sala se

convirtiera en salón de actos. Es curioso como el deporte y la cultura ya empezaban a unirse en los 80. “Maldito sea este gallo / dictador del gallinero, / que con pico carnicero / mata a la gallinería, / y nadie por miedo pía / bajo sus patas de acero”. Mis padres me habían llevado a escuchar a dos tipos que recitaban sus poemas. Yo era bajito. Un Sandokán bajito. Y tuve que ir sorteando a la gente para acomodarme en un lugar en el que poder ver qué era eso tan importante capaz de arrinconar los instrumentos de tortura de un gimnasio. El salón de actos estaba tan lleno que decidieron instalar altavoces para que escucharan los que no habían podido entrar. “Ya no deja un huevo sano / este gallito cabrón”. Y por fin pude ver al fondo. Una voz profunda. Una barba. Una calidez. Una forma de decir las cosas que me impactó con 11 años. Era Álvarez Lencero. Estaba acompañado de Álvarez-Buiza, ambos sentados ante un pupitre y entregados a un público que les obligó a realizar varios bises y firmar decenas de poemarios que una librería vendía a la entrada del colegio.

“Lencero tenía una forma de recitar increíble -recuerda Zambrano-. Llenaba cualquier sitio. Pero es que lo hacían todos, en los actos se escuchaban olés, la gente enfervorizada gritaba cuando se pronunciaban determinadas palabras, como libertad. Era el efecto de escuchar lo que no se pronunciaba nunca. Comenzaron a llamarnos de los colegios. Se hacían recitales en las aulas, en los salones de actos. Las madres se presentaban con bebés en los brazos tan pequeños que se pasaban toda la lectura llorando, pero ellas no querían salirse para no perderse nada. En Salvatierra de los Barros una mujer comenzó a dar el pecho a su niño para que estuviera en silencio mientras Buiza recitaba. Aquello era la leche”.

Aquello era poesía social. Y yo la conocí gracias a Emilio Salgari, ya que compré dos poemarios con el botín de Sandokán. Se trataba de una

poesía “rápida, urgente”, como asegura Álvarez-Buiza en una entrevista en el diario Hoy. Un mensaje directo, “sin florituras”, que a él le dejó la satisfacción de “haber colaborado de alguna forma en que cambiaran las cosas y hubiera una conciencia de cambio. En no conformarnos con lo que había. No me arrepiento en absoluto de la mala poesía que hice en aquella época, pero el fin al que iban destinadas merecía la pena”.

El caso es que se recitaba mucho. Cada vez más. Pero no se podía publicar. La industria de la edición en Extremadura fue casi inexistente hasta finales de los 70 y principios de los 80. Una necesidad que se hizo latente en aquellas veladas literarias de Badajoz. Gracias a esas reuniones se pusieron en marcha algunas revistas o se buscaron formas de financiación para publicar libros. En uno de los *Sábados de Esperanza* surgió la idea de apoyar la edición de poemarios como *El surco de la sangre*, de Álvarez Lencero.

Para cubrir este hueco apareció Esquina Viva. En 1976 un grupo de escritores, con dinero de sus bolsillos, decidió abrir una editorial que sirviera como soporte para que los extremeños pudieran ver sus obras en la calle. “Publicar un libro era todo un acontecimiento literario –sostiene Moisés Cayetano– y creamos una editorial. Escribimos a profesores, médicos, periodistas... Hicimos campañas de prensa y radio para lograr socios a cambio de una previsión de seis libros en un año. Logramos unos 700 suscriptores”.

Poco después estaban en la calle 1.000 ejemplares de cuatro antologías de *Narrativa Extremeña Actual* y tres volúmenes de poesía, a los que se sumarían otros títulos de diferente temática. Aquella aventura finalizó en 1980, aunque dos años antes, José María Casado abrió Universitas Editorial, también con la finalidad de impulsar la edición de literatura extremeña. Así nacieron, por ejemplo, los tres volúmenes de *Literatura en Extremadura*, de Manuel Pecellín.

“Aquel movimiento transformó muchas cosas, era una forma de exigir que cambiara aquello. Si no tenías buenas relaciones con las instituciones no podías publicar. Y las administraciones se dieron cuenta de que no podían seguir igual. Pero, además, es que muchos de los que participaron en todo ese proceso terminaron más tarde en las instituciones. Aquello nos había dado un nombre y los partidos políticos acudían a nosotros”. Quien cuenta esto es Tamayo, que ocuparía el cargo de consejero de Cultura y Educación por UCD entre el 79 y el 82, periodo en el que promovió la creación de la Editorial 6 de diciembre. “Se trataba de rescatar a autores que tenían pocas posibilidades de salir. Aquellas publicaciones fueron a muchos sitios, a otras provincias, a los hogares extremeños, a lugares como París...”.

Así que las administraciones también se unieron a la edición en aquellos años. Funcionaban la Institución Cultural El Brocense, en Cáceres, y la Institución Cultural Pedro de Valencia, creada en 1972 por la Diputación de Badajoz, que una década después, junto al Ayuntamiento de Villanueva de la Serena, comenzó a editar a los ganadores del Premio Felipe Trigo. Pero habría que esperar hasta 1984 para que se fundara la Editora Regional de Extremadura, puesta en marcha por la Junta. A ella se sumarían los servicios de publicaciones de las diputaciones y de la Universidad de Extremadura, así como los premios de muchos certámenes literarios.

Y llegó el “después”. La cercanía de los 90 fue marcando la muerte de aquella poesía social y, gracias a Dios, de las hombreras. No así la de Chanquete, que ha seguido falleciendo todos los veranos hasta bien entrado el siglo XXI. Esos años también trajeron el final de las reuniones literarias y los recitales en los pueblos. “Aquello se prolongó hasta finales de los 80 –recuerda Zambrano con nostalgia–. Luego cada uno tomó su camino, unos se perdieron y otros continuamos escribiendo.

La verdad es que fue un tiempo de presentación en sociedad, un tiempo de aciertos y despropósitos. Pero lo cierto es que fue un tiempo de un encanto tremendo”.

Un tiempo, al fin y al cabo, que sirvió para que pudiéramos cambiar la portezuela de la poesía por una bragueta más cómoda.

NOTA FINAL: Equivocadamente se piensa que la utilidad principal de la bragueta es facilitar la micción sin tener que quitarse la prenda completa, pero lo cierto es que su función es la de permitir subir al pantalón, ya que sin ella sería imposible ajustarse esta prenda a la cintura.

UN CENTENAR DE PALABRAS AIRADAS

«Manifiesto palmario, horrible, pero necesario, contra el arte rupestre
del siglo XX en el oeste de España» (Badajoz, 1982)

JOSÉ MARÍA LAMA

Este artículo se nutre de los comentarios de cuatro de los escritores que firmaron ese manifiesto (Álvaro Valverde, Carlos Medrano, Fernando León y Tomás Martín Tamayo) y de la consulta de los siguientes textos publicados: «II Congreso de Escritores Extremeños. Cinco puntos lo diferenciaron del primero» de Ángel Sánchez Pascual (Cáceres, Alcántara, 1982); *Actas del II Congreso de Escritores Extremeños* (Mérida, Junta de Extremadura, 1984); «Manifiesto palmario» de Álvaro Valverde (HOY, Badajoz, 13 de mayo de 2006), y «El *manifiesto* de la nada», de Santiago Corchete Gonzalo (HOY, Badajoz, 30 de mayo de 2006). A todo eso se le ha añadido la propia memoria del autor.

La historia de la literatura contemporánea está jalonada de manifiestos. Ese tipo de escritos ha sido el ariete de las vanguardias literarias para abatir, no siempre con éxito, las fortalezas del convencionalismo y del canon imperante. La fórmula es conocida: una ristra de aseveraciones breves y rotundas, unas críticas y otras propositivas, casi siempre articuladas, y que –cuando es colectivo– se cierra con los abajo firmantes.

En la historia literaria de Extremadura no hay muchos manifiestos, quizá porque nuestras vanguardias han sido escasas. Uno de los más notables no es muy antiguo. Hace treinta y cinco años, en 1982, un grupo de jóvenes escritores extremeños publicó un escrito en el que criticaba ciertas prácticas literarias y reclamaba para el artista la libertad absoluta de creación y el derecho a no comprometerse con nada ni con nadie, salvo con su propia obra. Ese texto –titulado «Manifiesto palmario, horrible, pero necesario, contra el arte rupestre del siglo XX en el oeste de España»– encauzó una de las opiniones en pugna en la que podríamos denominar “polémica fundacional” de la literatura extremeña contemporánea y supuso la primera manifestación pública de quienes hoy son algunos de los principales escritores de Extremadura.

Todo ocurrió en el transcurso del II Congreso de Escritores Extremeños celebrado en Badajoz del 16 al 18 de abril de 1982. El Congreso, que reunió a unas trescientas personas en el Salón de Actos de la Caja de Ahorros de Badajoz, en la Plaza de San Francisco, fue inaugurado, como delegado del gobierno central de Leopoldo Calvo Sotelo –y de la reina Sofía, que había aceptado la presidencia de honor–, por el gobernador civil de la provincia. Aún no existía la Junta de Extremadura y él era la máxima autoridad. Faltaban diez meses para que se promulgara el Estatuto de Autonomía y la única institución regional era la llamada Junta Preautonómica, presidida entonces por Manuel Bermejo Hernández.

En febrero de 1980 ya se había celebrado en Cáceres un primer congreso de escritores de la región. Una comisión permanente surgida de él y presidida por el poeta Ángel Sánchez Pascual fue la encargada de la organización del siguiente encuentro, en colaboración con varias instituciones (la Consejería de Educación, Cultura y Deportes de la Junta Preautonómica, las dos Diputaciones, las dos delegaciones provinciales del Ministerio de Cultura y la Caja de Ahorros de Badajoz) de las que el principal interlocutor era el consejero de Cultura, el también escritor Tomás Martín Tamayo.

Los congresos los presidía una personalidad relevante de las letras extremeñas. El primero lo había encabezado el novelista Pedro de Lorenzo y este de Badajoz, el jurista Antonio Hernández Gil, que había sido presidente de las Cortes constituyentes de 1977 a 1978, y que en más de una ocasión –durante estos días de abril en Badajoz– añoraría la placidez de los debates constitucionales habida cuenta del caldeado ambiente de la asamblea literaria extremeña.

Entre uno y otro congreso hubo cambios importantes. En Cáceres, los participantes habían sido, en palabras de Sánchez Pascual, «los de

siempre», mientras que en Badajoz asistió un nutrido grupo de jóvenes, varios de ellos procedentes de la Universidad de Extremadura. Si la polémica del primer congreso giró en torno a la condición de escritor y a quién debía ser considerado como tal, el segundo congreso –avivado en parte por la diversidad de generaciones del público– discutió sobre lo viejo y lo nuevo, sobre la controversia de estilos (lo popular y lo culto) y sobre el papel del escritor en la sociedad. Ese fue el debate que enmarca el manifiesto palmario.

El programa del congreso dedicaba el primer día a la poesía, el segundo a la narrativa y la mañana del domingo al teatro. Y fue durante el primer día, con los poetas y la poesía, cuando comenzaron las diatribas. Quien abrió el fuego fue Juan Manuel Rozas, catedrático de Literatura de la Universidad de Extremadura de entonces. A él le correspondió iniciar el congreso con la que llamó “Ponencia consultada sobre la joven poesía extremeña”, en la que encuestó a veintiún poetas entre 20 y 40 años (Pablo Jiménez, José Antonio Zambrano, Ángel Sánchez Pascual, Agustín Villar, Santiago Castelo, José María Bermejo, Felipe Núñez, Felipe Muriel, Ángel Campos, César Nicolás, María Rosa Vicente, José Luis García Martín, David Narganes, Juan Eugenio Sánchez Rivera, Álvaro Valverde, José Manuel Fuentes, Luciano Fera, José Luis Bernal, José María Lama, Gonzalo Sánchez García y Francisco Javier Pérez García).

Además de otras preguntas que buscaban averiguar el grado de modernidad de la poética de cada uno de ellos («En tu poesía, ¿qué es lo más importante: lo musical, lo espacial o la temporalidad?» o «Puestos a elegir, in extremis, entre una poética creacionista, surrealista o de la realidad (a lo Guillén), ¿cuál preferirías?»), el profesor Rozas planteó a los poetas una cuestión muy acorde con esos tiempos preautonómicos:

«¿En qué sentido crees –o no– en una poesía regional? ¿Puede la poesía mejorar la situación material o moral de Extremadura?»

Las respuestas de los encuestados a esa pregunta dieron pie a una conclusión taxativa de Rozas:

«En cuanto a la creencia en una poesía regional, la contestación es unánime. Sin paliativos, no creen en ella, ni creen que la poesía pueda mejorar la situación material de Extremadura, y sólo mejorará la situación moral en un sentido cultural».

Los jóvenes poetas se explayaban en sus comentarios, que Rozas leyó ante el malestar de parte del público:

«Todo esto de la poesía regional resulta una sandez».

«Me repatea el chovinismo de campanario».

«El regionalismo en poesía (en el arte, en general), me parece el refugio de los peores. La poesía no tiene que mejorar nada. No sirve para nada. Se la sirve. Al poeta, por tanto, sólo se le puede pedir que escriba buenos versos. Obvio, ¿no?».

La ponencia de Rozas, que no pudo leer íntegramente por la rectitud con el tiempo –a golpe de timbre– de Francisco Rodríguez Arias, moderador de las intervenciones, agitó los ánimos en la mañana inaugural del congreso, el viernes 16 de abril. Las afirmaciones de los jóvenes poetas por boca de Rozas –y el excéntrico estilo literario que, para los usos de la región, gastaban– hicieron rebullirse en sus asientos a algunos de los asistentes, mientras otros se enfadaban por no haber

sido encuestados y los mencionados se intercambiaban sonrisitas. A continuación, Miguel Ángel Teijeiro y yo leímos una comunicación sobre los concursos “Residencia” de Cáceres en la que volvían a la palestra los nuevos poetas. En el turno de intervenciones del público, el sacerdote bejarano José Luis Majada Neila lanzó una andanada contra los jóvenes, advirtiendo «lo que de lujo tiene la poesía de los concursos “Residencia” de Cáceres, y lo que de divorcio tienen entre pueblo y poeta». Rozas le contestó diciendo que

«toda poesía popular y culta desempeñan su peculiar función cultural; que la una no quita la otra; que el crítico literario toma en cuenta de la poesía sin entrar en el juego de las preferencias y los juicios de valor fáciles; que como profesor universitario tiene que exigir que la poesía, si se hace, se haga bien».

Mientras que unos proclamaban que Extremadura era tierra de poetas, otros dudaban de la calidad de la mayoría de ellos. Luego, Rozas, en los pasillos y al hilo de esa discusión, nos dejó para la posteridad una ironía que se ha hecho famosa: «Se haría menos poesía si la poesía se hiciera con violines».

La jornada vespertina, en su primer tramo, volvió a encender los ánimos. Si en la sesión de mañana los ofendidos habían sido algunos señores mayores, por la tarde fueron los jóvenes quienes se enfadaron. Después de la ponencia sobre la penúltima poesía extremeña de Sánchez Pascual hubo varias comunicaciones, algunas de las cuales generaron malestar entre las últimas filas del salón, donde se agrupaba –unos en pie y otros sentados– la juventud. Fue el caso de la antología poética de Fuente de Cantos presentada por Joaquín Calvo Flores, o de la co-

municación de Luisa Durán sobre su propia obra, en la que recitó algunas poesías en castúo. Los de atrás protestaron a voz en grito, mientras había quien se giraba sin entender tanta insolencia.

En las intervenciones de los asistentes las pullas entre jóvenes y mayores lo eran también entre vanguardistas y convencionales. El escritor y pedagogo Adolfo Maillo disparó contra la poesía «críptica e inteligible» y afirmó que, desde Tirteo, la poesía es para el pueblo. El poeta Felipe Núñez, crítico con la llamada poesía popular, protestó con una frase cuyos ecos resonarían en el manifiesto: «el arte rupestre está bien en la cueva de Altamira, pero no en el momento presente ni en esta región». Y el poeta cacereño Fernando Bravo pidió la palabra e intentó una defensa del extremeñismo un tanto estrafalaria, que fue cortada a voces por el también poeta Carlos Medrano: «Pido que se ciña al objeto de este Congreso y déjese de ofrecer ese vergonzoso espectáculo». Medrano recuerda:

«Hubo varios shows. En uno de ellos, yo –bravío y temperamental como el ambiente– le pegué unas voces cortando a un veterano pintoresco que pidió la palabra para soltar un discurso peregrino, nacionalista rancio y lanar».

Al día siguiente, en el diario Hoy, Gregorio González Perlado tituló su crónica «El congreso se divierte». Y así fue, aunque la tensión era evidente. Esa tarde siguieron otras comunicaciones. Entre ellas, destacaron la de Antonio Holgado –aplicando la crítica estructuralista a la poesía de José María Bermejo, uno de los poetas preferidos por los jóvenes– y la de Álvaro Valverde –donde ofrecía un panorama crítico de la poesía extremeña del momento. La sesión se suspendió hasta el día siguiente, pero las bases de la polémica estaban planteadas.

Por un lado, había una discrepancia estilística entre los más vanguardistas y los más convencionales. Pero esa polémica se mezclaba con otra, entre quienes reivindicaban la necesidad de comprometerse con el terruño y quienes pedían libertad para el escritor. Si la primera polémica estaba sustentada, en cierto modo, en el enfrentamiento de los más tradicionales con la poesía que se venía haciendo cerca de los ambientes universitarios, y de ésta con la poesía supuestamente popular, particularmente la escrita en castúo, la segunda línea de confrontación era más compleja. Quienes reivindicaban el compromiso no eran, precisamente, revolucionarios de izquierdas, sino señores con bigotito y algunos de ellos con insignias en las solapas. Y es que ese llamado compromiso no iba más allá de mencionar los olivos y las encinas en los poemas, y de hincharse el pecho pronunciando los nombres de los conquistadores.

El manifiesto –donde se plasmaron esas dos discrepancias– se incubó en la noche del viernes, con las discusiones recientísimas. Lo escribió a la mañana siguiente con bolígrafo rojo Felipe Núñez mientras el Congreso acordaba por unanimidad suscribir un telegrama de protesta al presidente del Gobierno por el aplazamiento de la planta de pellets de Fregenal de la Sierra.

«...ha conocido con suma inquietud la decisión del Consejo de Ministros de aplazar con la realización de nuevos estudios técnicos y económicos la construcción de la planta de pellets, única y urgente solución para remediar en parte el hambre y el atraso social de la zona sur de nuestra región...»

Siempre me he figurado a Felipe Núñez, mientras en el salón resonaba el texto del telegrama, escribiendo los artículos del manifiesto sin poder quitarse de la cabeza sus propios versos:

*¿Aterra al barrendero
la razón última de sus escobajos?
No.
Barre.
Amontona las hojas.
Discierne las fundas de los polos.
Coloca aquí el cadáver calendario
extraplano del gato.
Selecciona cáscaras. Y aún atiende
a la radionovela que expenden todos los ventanales.*

El manifiesto comenzó a circular entre los poetas y escritores más jóvenes del Congreso. Álvaro Valverde rememora así esos instantes:

«Veo el momento en que se me pasó el documento para la firma. Felipe Núñez, el muñidor, estaba sentado cerca, una fila o dos detrás de mí. Se formó un revuelo. Lo vivimos como una fiesta, aunque Felipe no perdiera sus aires fingidamente pendencieros y se mostrara, al menos en apariencia, contrariado. Era la manera de demostrar, supongo, que ese Manifiesto era necesario, que ya estaba bien. En aquel salón coincidían dos mundos. Dos formas muy distintas de concebir la literatura. Y todo lo demás, cabría añadir».

Y Fernando León señala que

«firmar aquel manifiesto fue como una comunión en muchos sentidos, en el literario y creativo, también en el político. Sé que por la tarde trasladamos el debate al programa de

radio Padillo, un programa cultural que yo llevaba entonces en Cope FM y dentro de él el espacio literario “El callejón del gato”, que hacía con Ángel Campos y Santiago Méndez. La verdad es que fue un revulsivo, desde luego para mí, que me hizo replantearme el hecho poético, y visto lo ocurrido en estos años, también pudo marcar el inicio de un nuevo tiempo poético y ser reflejo de un nuevo ámbito creativo más general».

Por fin, tras recoger unas firmas, no muchas, apenas veinticinco, se entregó el manifiesto al presidente del Congreso que, a las dieciocho y cuarenta minutos del sábado, lo leyó en voz alta:

MANIFIESTO PALMARIO, HORRIBLE, PERO NECESARIO, CONTRA EL ARTE RUPESTRE EN EL SIGLO XX EN EL OESTE DE ESPAÑA

1º El artista, o así, no está obligado a otro compromiso que el que contrae con su propia obra.

2º No está obligado a otro idioma que su propia lengua poderosa.

3º Es libre de no asumir compromisos con coyunturas, o así, sociopolíticas, militares, numismáticas, etc.

4º Mientras las instituciones y los presupuestos prestigios estén en manos de quienes niegan las libertades antes expresadas, esta tierra seguirá cubierta de oprobio.

Antonio Hernández Gil añadió un comentario tras la lectura, recordando algunos puntos de su discurso inaugural y distinguiendo

«entre la revolución artística, en la que pueden coexistir lo nuevo y lo regresivo, la revolución política y la revolución científica, que son excluyentes de órdenes periclitados y originan un sistema distinto».

«Dada la peculiaridad revolucionaria del arte», acabó pidiendo «a todos respeto para las diversas opciones artísticas».

Sobre los firmantes hay alguna discrepancia. Conozco tres relaciones distintas. Una es la de un original en color, cuya fotografía se ha publicado en varios sitios, y en la que aparecen 24 nombres. Otra es la que consta en las actas de ese II Congreso, donde figuran 25. Y la tercera es una «copia original» que conservo yo. Y digo «copia original» porque es una de las fotocopias que hicimos ese día 17 de abril de 1982 en unos grandes almacenes cercanos. En mi copia sólo figuran 23 nombres [cuando se trata de firmas confusas, escribo entre corchetes el posible nombre completo]:

José María Bermejo, Vicente Sabido, Tomás Martín Tamayo, Felipe Núñez, Álvaro Valverde, Yolanda Gómez, Jesús Alviz, José Luis García Martín, Carlos Juan [Carlos Juan Medrano], A. Pacheco [¿Antonio Pacheco?], Ángel Campos, José María Lama, Esteban Cortijo, Javier Pérez García [Javier Pérez Walias], María Rosa Vicente, Alfredo Gordillo, María José Flores, Jaime Álvarez Buiza, José Manuel Fuentes García, Miguel Romero Carmona, Fernando León Rejas, G. Perlado [Gregorio González Perlado], Santiago Castelo.

A estos nombres habría que añadir el de J. Ramírez [posiblemente, José Antonio Ramírez Lozano] que está en las actas y en la fotografía del original en color, y el de José María Ródenas Pallarés, que sólo aparece en las actas.

Veinticinco escritores, la mayoría poetas, de los que sólo tres eran mujeres. Diez de ellos habían sido encuestados por Rozas para su ponencia consultada. Y uno de los firmantes fue el propio consejero de Cultura de la Junta Preautonómica. Lo que sorprende, si reparamos en el rapapolvo contra las instituciones que cerraba el manifiesto. Tomás Martín Tamayo recuerda –mordaz– que, cuando se lo dieron a leer, firmó y que lo único que añadió fue un acento diacrítico que echó en falta.

El manifiesto es conciso, como la poesía que algunos hacían, y un punto insolente, acorde a la edad de la mayoría de los firmantes. No a todos les gusta. Santiago Corchete ha dicho sentirse abochornado cada vez que lee o escucha referencias a él. Y lo ha calificado de «quizá disculpable pataleta juveniloide en sus cinco puntos llenos de lugares comunes, vaguedades, naderías y topicazos», criticando que se le haya elevado –según dice– al rango de categoría literaria.

El *Manifiesto palmarío* no es el de Marinetti o el de Tristan Tzara. Y no creo que nadie se engañe pretendiéndolo. Ese centenar de palabras airadas expresó una fricción real, no inventada, de talentos y mentalidades, y –más allá de anécdotas y nombres– resume un pasaje modestísimo, pero bien significativo, de la historia reciente de la literatura en Extremadura.

MANIFIESTO PALMARIO, HORRIBLE, PERO
NECESARIO, CONTRA EL ARTE RUPESTRE
DEL SIGLO XX EN EL OESTE DE ESPAÑA

- 1º El artista, o así, no está obligado a otro compromiso que el que contrae con su propia obra.
- 2º No está obligado a otro idioma que su propia lengua poderosa.
- 3º Es libre de "conectar" con la vida, recrearla u olvidarla.
- 4º Es libre de no asumir compromisos con coyunturas, o así, socio-políticas, militares, unionistas, etc.
- 5º Mientras las Instituciones y los Presuntos Prestigios estén en manos de quienes niegan las libertades antes expresadas, esta Tierra seguirá cubierta de oprobio.

Vicente Sebido Juan el Matorral Juan el
 José L. Cortés Yolanda Gómez
 Felipe Díaz José Luis Rubio
 Jesús Mui
 Carlos Juan C. F. Ángel Camps
 José María Barón
 - E. L. Cortés
 Javier Pérez Garac Margarita G. Cortés
 Alfredo González No José Flores Ramos
 Jaime Casanova José Manuel Fuentes García
 Manuel Romero Armero
 Fernando José Reja
 Alvarado Santiago 8 X 6 074

COLABORACIONES LITERARIAS

INMA CHACÓN

EL AAIÚN

Parece polvo
lo que respiran
los refugiados saharauis de El Aaiún,
partículas de arena suspendida
que se cuelan hasta el fondo
de sus haimas.

Parece polvo,
pero, si lo fuera,
bastaría con sacudirlo

para que no se acumulase
en capas sucesivas
de ignominia y de vergüenza.

Parece arena dorada, flor del desierto,
esa mentira arrastrada década a década,
esa promesa dormida,
como los sueños
de los que nunca más
abrirán los ojos.

Parece polvo de arena,
talismán de trashumancia.

Sí, lo parece,

pero, si lo fuera,
esos ojos seguirían abiertos,
expectantes,
dispuestos a mirar de frente
a los que deberían tenderles la mano,
en su regreso a casa.

DAJLA

Estuve allí
hace más tiempo
del que puedo recordar,
quizá cien años
—o mil—,
mi memoria no alcanza a tanto,
pero sus huellas
se incrustaron en mis venas como fósiles,
petrificadas y amargas.

SÁHARA

No sé si volveré a verte,
Sáhara,
pero, si llega el acaso,
guarda para mí esa palmera
que insinuaba agua
por debajo,
y, por arriba,
el mar azul
que se trajeron consigo
los que me contagiaron
su añoranza.

EFI CUBERO

(Por las redes lejanas que nos unen siento vuestros latidos. No hay fronteras aquí, ni subterfugios. Ni tiempos, ni medidas. Fiel a tantas verdades, esta energía que fluye nos convoca, unión extraña, rara intensidad, que se convierte en fuego y hace brotar la vida que nos sueña en este instante único y eterno. Extraño y diferente mientras dura.)

NOMBRE EN EL AGUA

En la desolación de los peldaños,
número veintiséis de su memoria,
vuelvo de lo profundo de aquel Collis Hortorum
donde se despertaba un viento de azaleas.
Eran ocho rellanos, un circular de idiomas,
y tú vivo y cambiante en cada verso.
Eterno,
como puede no serlo la existencia.
Por si el agua borrara la escritura
aferraba las páginas del árbol
camino de tu tumba.

Un pájaro asentía.

Conviene siempre no olvidaros nunca
cuando la mezquindad sopla con fuerza
sobre la pompa y sus desasosiegos.

(Para escudarme existe otra caligrafía. La que no es contemplable. La que absorbe la luz y la palabra oculta. La que afirma, dudando, la mirada.)

LOS OJOS

La vida, esta proximidad que nos despide
desde andenes diversos mientras las estaciones
se suceden, me llevó hacia su sombra.

Allí por esas calles caóticas y vivas donde todo se airea,
brasas de lubricanes imborrables, puro fuego dormido y a la espera
frente al mar en sosiego y la montaña airada, ascendí y descendí.

Curtida por la luz y por la niebla,
inmersa en la imposible singladura
que la existencia marca,
sentí que algún misterio me seguía.

Giré mi rostro pero no hubo nadie.

Eran solos mis pasos desdoblados.

JOSÉ MANUEL DíEZ

CANCIÓN DE NUBES

Cantan, altas, las nubes,
con claridad de cuerpo fugitivo,
de presencia cumplida puramente en posarse
donde la vista alcanza y no la mano.
Traen la paz, el sosiego
de su delicuescencia generosa,
el trabajo del tiempo que apacigua las sedes,
la promesa más alta de lo humano en la tierra.

Cantan, altas, las nubes,
y tú cantas con ellas,
pero no enalteciéndote, sí buscando lo pleno,
sí tentando lo exacto,
que casi siempre vive en lo profundo,
donde el ser es conciencia,
donde el canto es memoria.

Cantan, altas, las nubes,
y tú cantas con ellas.
Dentro de ellas, la lluvia.

Dentro de ti, el poema.

LAS VENTANAS

Cuando él era muchacho,
con doce o trece años,
subía a la terraza mientras atardecía
y se quedaba ahí, muy pensativo,
mirando el horizonte,
hasta que se encendían, una a una,
las luces de las casas que alcanzaba su vista.

Así todas las noches, silencioso,
disfrutaba el encanto
de una íntima aurora de fulgores eléctricos,
lucernario compuesto por destellos en suma,
lejana sinfonía de estancias habitadas.

Ahora, muy anciano,
casi ciego y enfermo,
cierra los ojos, toca los cristales
y pregunta a sus nietos, con voz meditabunda,
si ya se han encendido las ventanas.

LUCIANO FERIA

DE TORERO A POETA

Yo quería ser torero por encima de todo. Torero de valor y dulzura como Diego Puerta, mi ídolo de entonces con clara preferencia sobre el famosísimo Cordobés o Paco Camino, Curro Romero y El Viti. Cuántas horas pasaba de chico en la camilla aquella de mi calle Almendro dibujando toreros y toros, las distintas suertes de la lidia, los ruedos, las barreras, el cite para banderillas, pintando monteras, capas, muletas, los colores de los trajes de luces, imaginándome en el inicio del paseíllo. Uno de los días más felices de mi infancia fue aquella víspera de Reyes en que, guiado por la mano sabia de mi abuelo, con el corazón a punto de salirse del pecho y la expectación cincelada para siempre en unos grandes y hermosos ojos redondos (lo son los de todos los niños cuando eclosiona la alegría), me dirigí a la sala en donde colocaba mi familia los juguetes, empujé despacio la puerta, con ilusión, con miedo, me abrí de par en par al milagro más absoluto de la contemplación, y me quedé paralizado por el entusiasmo como si hubiera sido deslumbrado por un relámpago de asombro: ¡una muleta!, ¡un estoque!, ¡las banderillas!, ¡la capa!, ¡la montera! ¡Dios mío, qué fogonazo de inmensa felicidad, qué resplandor atravesando la carne! Solo el hecho de que existan momentos así, en que el espacio y las personas que te rodean se han transformado en pura presencia del amor, dota de sentido a la vida.

Rara era la tarde que no jugaba a los toreros con los amigos, ellos haciéndome de toros bravos y nobles (toros artistas, diría luego de ese tipo de reses el ganadero jerezano Juan Pedro Domecq), yo toreándolos con gracia y gusto, con mucho garbo saleroso en mitad de la calle

Almendro. Todavía viven algunos vecinos que se acuerdan de aquellas faenas memorables. Por supuesto, no me perdía ninguna de aquellas primeras corridas televisadas en blanco y negro desde la Maestranza de Sevilla o Las Ventas de Madrid, pero, como en casa tardaría en entrar la televisión aún bastantes años (había dos o tres en toda la calle), me acogía al socorro de los vecinos caritativos y de otras buenas gentes del lugar y andaba aquellas tardes de primavera y verano como un peregrino fervoroso de casa en casa: de casa de Manolo el Zapatero a casa de la abuela de mi primo Antonio Luis, de casa de Carmen la del Comercio a casa de Carmelo Morato, de casa de la señora Emilia, la abuela de mis amigos Lolo y Poli, a casa de la abuela de mi amigo Juaneli, la señora Lili, o a casa del Toni o el Seba. Como por aquel tiempo, en Zafra, el alcázar de los Duques de Feria aún no se había reconvertido en Parador de Turismo ni había tampoco otros hoteles de lujo, la mayoría de los toreros se alojaba en hostales o pensiones humildes, y, claro está, no desaprovechaba yo la ocasión para acercarme a alguna de ellas y ver de cerca a los toreros de paisano o ya con sus trajes de luces puestos y los trastos de torear preparados para la lidia. Qué hechizo me provocaban aquellos enormes capotes colocados de pie en algún pasillo de la pensión, a la espera quizá de una buena limpieza o un elegante planchado la víspera de las corridas. (...)

Pero lo que constituye, sin duda, el triunfo apoteósico y mágico de aquellos años de mi niñez es el instante en que mi padre, sirviéndose de la amistad de algún empleado de la plaza de toros, bajó conmigo hasta el patio de cuadrillas antes del paseíllo, y allí, poco antes de la corrida y con todos los toreros ya envueltos en sus capotes de paseo, pude saludar, dándoles incluso la mano, a los tres matadores que formaban la terna de aquella tarde: Palmeño, Limeño y Carlos Corbacho. De aquel momento maravilloso, guardo, como un banquete que ali-

menta las fuerzas de la nostalgia, cada una de las imágenes engullidas, cada una de las sensaciones, las vivo aún como una película de la que puedo ralentizar a mi gusto cada uno de sus fotogramas, recrearme en las vibraciones de cada movimiento, cada detalle, cada mínimo pero significativo componente de la escena: el sol, los tendidos abarrotados, mi padre y yo bajando desde las gradas hasta el patio de las cuadrillas acariciando la blancura de la cal, el bullicio y el ronroneo de las conversaciones, los caballos, la mole de los picadores, las prisas de alguno que se cruza conmigo, me tapa la vista, el presentimiento del burladero, el momento increíble en que nos acercamos a los tres toreros que están al lado de los portones y ellos miran al hombre que los reclama y a su hijo, sus sonrisas, su condescendencia, sus manos aprehendiendo la mía, unas palabras, los nervios de mi padre, mis ojos, mis ojos atónitos y deslumbrados, mis ojos aún incrédulos ante la experiencia incontestable de la verdad, el traje verde esperanza y oro de Carlos Corbacho.

A lo mejor me equivoco cuando muchas veces lo comento de broma, y resulta que sí, que es cierta la intuición que me acompaña desde que se me ocurriera de pronto durante una conferencia y la empleara públicamente a modo de distensión, quién sabe, quién conoce de veras los territorios fértiles y los intrínquilos del destino, a lo mejor es cierto que soy poeta porque no tuve la valentía de ser torero.

(Fragmento de la novela inédita *El lugar de la cita*)

ANTONIO GALÁN

CEMENTERIO DE MONTÁNCHEZ

Tiempo sin tiempo es éste
cuando atardece.

A la entrada una verja de negro hierro
y un mensaje que te ciega:

*“Templo de la verdad es el que admiras;
no desoigas la voz del que te advierte
que todo es ilusión menos la muerte”.*

Retorcidas callejas entre el silencio,
la cal, el musgo y el olvido.
Todo y el desorden calmo de la tierra.
Mucha belleza esconden tus piedras,
la higuera descolgándose entre rocas
y extendiendo su ramaje al espacio;
y altos son los muros del castillo
que inerte te contempla,
pero más alto es tu recado.

Aquí llega a ser la ausencia
un canto apacible a los días ajenos,
y el huésped que buscó otra breve ilusión
acoge la serenidad inmensa de la muerte.

Mientras pasa la tarde de marzo,
dorada y lenta,
las tramas de estos sueños perdidos
son un aviso cómplice, pero lejano, del silencio.

VARIACIÓN SOBRE UNAS PALABRAS DE E.

A veces el deseo y los sueños nos engañan,
no es real la luz que perseguimos
y falsos y equívocos son los presentimientos,
deformes espejos de una ilusión
que nos guían a un destino
que jamás se cumple.

A veces nos engaña el deseo,
y así lo que habrá de suceder
es una incógnita,
un guarismo indescifrado,
una puerta que nos esconde
el último secreto
o sólo azar que no intuimos.

Está la clave en reconocer
esa luz que nos seduce,
saber que su brillo,
a veces, es irreal, porque sólo vive
dentro de un límite de magia y sombra.

A veces nuestro afán es un deseo
que nos estará vedado para siempre.

A veces una ilusión
hecha de niebla nos conduce.

EL EQUIPAJE

Es el mismo bolso gris de siempre. Ella me dice qué y yo lo voy colocando en un orden apretado, para que todo quepa, para que nada se mueva. Como otras veces, obedezco y, al fondo, coloco la toalla. La toalla es el lecho sobre el que acostar lo frágil: su pequeño espejo oval; el bote de colonia –con su tapón y cristal exagerados–; las gafas en su estuche; el viejo reloj de esfera y agujas diminutas –que prefiere llevar allí, a buen recaudo, como si quisiera preservar intacto un tiempo que sabe ya débil–. Después, con ese afán protector que no le abandona nunca, me pide que disponga la bata y el camión encima. Para abrigar los vidrios, dice. Y, con una voz que aún quiere parecerse a la voz cantarina y joven que tuvo, me ordena: Coloca las talegas bien, que no sufran. Esas pequeñas talegas de tela fina y estampados infantiles que mandó coser hace años y que le sirven ahora para separar el aseo grueso, como ella le llama –el que tiene que ver con los jabones, los geles, el champú, las esponjas–, del menudo –el del maquillaje, las uñas, los dientes, los humores íntimos–. Y mientras sigo buscando acomodo en el bolso gris para las zapatillas, alguna muda, una blusa, la falta entubada que tanto le gusta, el libro de oraciones, un transistor y los últimos informes médicos, le discuto, como tantas veces, esos conceptos suyos del aseo grueso y menudo, aunque, en el fondo, los encuentro acertados. Anda, anda, calla y apura, sentencia.

Este tiempo previo al viaje al hospital siempre es así: la bolsa gris, ese orden suyo donde cada objeto dispone de un lugar desde el que parece amparar al anterior y al siguiente, esa forma que tiene de decir

abrigar los vidrios o calla y apura, la misma leve disputa sobre lo que es menudo y grueso entre las pócimas de lo cotidiano.

El equipaje: ese primer resumen de su vida al que, muy pronto, ya de vuelta, cuando nos falte, tendremos que enfrentarnos.

JOSÉ LUIS GARCÍA MARTÍN

TRÍPTICO DE LISBOA

MIRADOURO DE SANTA LUZIA

Sin ruido cae la lluvia, borra el día,
una sirena suena en la distancia
y de Oriente me llega esa fragancia
que solo existe en la nostalgia mía.

Los tejados de Alfama, el manso mar,
los versos que repite la memoria,
el honor, el amor, la incierta gloria
de caer y volverse a levantar.

Quizá fui rey antes de ser mendigo,
caballero del oro y la quimera
que en la noche del mundo busca abrigo.

Partir, partir... A ver si encuentro fuera
el amor y la gloria que persigo
y no el amargo sueño que me espera.

CAFÉ A BRASILEIRA

Era uno, era cien, era ninguno
y con todos hablaba cada día
y lo que le contaban lo decía
en el momento más inoportuno.

No era nadie para serlo todo,
sentía solo con el pensamiento,
su verdad era apenas fingimiento
y su vivir morir de cualquier modo.

Era el que se quedaba en el andén
cuando los trenes parten hacia el mundo.
Ah, si pudiera partir él también

lejos, más lejos, al azul profundo.
Era solo una ausencia y su figura,
sombra en la sombra, permanece y dura.

ESTAÇÃO DO ROSSIO

En la estación del Rossio
miro los trenes partir
y en todos quisiera ir.
¡Ir sin llevarme conmigo!

Que no sepa a dónde fui
el extraño que me espía.
Cualquier lugar me valdría
si al fin me olvido de mí.

Pero vaya cerca o lejos
su reflejo acusador
seguirá exigiendo amor
cuando me miro al espejo.

JESÚS MARÍA GÓMEZ Y FLORES

SIN PEDIR PERMISO (SYLVIA PLATH)

1

Una carta para pronunciar lo impronunciable
un dolor en el costado derecho
 como antiguo de culpa

la mañana blanca y fría
 enemiga
el magnetismo roto de los charcos

Alfonsina Storni Horacio Quiroga Stefan Zweig

abrir los brazos y sentir lo mismo
el mismo arácnido
 en la sentina de los pulmones

elevarse
más allá del tacto
y la obediencia a la materia

el espíritu late
encallado en la ingrata vejez de los espejos
con el veneno

fluyente mercurio
pestañeando bajo las uñas

2

No hay otro diagnóstico que el de la helada
aferrándose a los sentimientos maltrechos
su gélida caricia

adentro
es el corazón un órgano de nieve
en las manos
brasas incendiarias
buscan dar cuenta de las espigas
del calambre que va hilvanando
los dedos de los pies

la sangre avanza lenta

de cuclillas
el día se aleja de las ventanas
con sus correosas nubes

éstas serán mis últimas palabras

*ya veo desparramarse el humor vítreo
y saltar las alarmas de incendios*

CARMEN HERNÁNDEZ ZURBANO

apenas escribo y cuando
escribo
es saliva saliendo
durante el sueño sensación
quemante en la espinilla lágrima
hacia dentro proceso
gripal murciélagos
que vuela por la sala en
círculos
una noche de verano

**

tres huevos
un yogur
1 naranja triturada
250 gramos de harina
un sobre de levadura
100 gramos de aceite de oliva
1 pizca de sal
azúcar
250 gramos

**

qué inteligente es la vida
sostiene a la vez
el polvo
estelar y los corazones
bombeando

impertérrita
conduce impulsos nerviosos a lo largo de
la espalda los glaciares los osos polares
sus cadáveres

**

delante de la casa hay un naranjo
y otras casas infinitamente
más bonitas que la nuestra

pero no tienen a una diosa de bali con alas
colgada en el hueco de la escalera

**

toma también de las especias más finas: de mirra fluida, quinientos
sicos, de canela aromática, la mitad, doscientos cincuenta y de caña
aromática, doscientos cincuenta, de casia, quinientos sicos, conforme
al sico del santuario, y un hin de aceite de oliva. Y harás de ello el aceite
de la santa unción, mezcla de perfume, obra de perfumador

**

y todo lo llena

de vio le ta

HILARIO JIMÉNEZ GÓMEZ

SED

Hoy he vuelto a ver aquellos ojos
buscándose un lugar en mis poemas.

Mientras el mundo está queriendo ser herida
pasan ante mí seres destruidos,
hijos del vacío que tantean sus nombres
colgados de la misma rosa ciega.

Se acerca con la fidelidad cansada de siempre.
En las manos trae un vaso de agua
y en el rostro la luz inconfundible
de los aparecidos que esperan.

MARISA DE LLANOS PÉREZ

LETARGO HUIDIZO

Tenue el bostezo de la mañana
me hace un guiño intransigente,
y siento cómo cargamos las mochilas
de excusas vagas
que intentan acallar nuestras conciencias...
Y acompañando los pasos,
un haz de intriga
alimenta fervientes sueños
que se empeñan en mantenerse quietos,
agazapados,
como esperando que tal vez llegue
ese instante mágico
del abrazo del alma...

DIVAGACIONES

Abandona el exceso de equipaje de mano
en un asiento cualquiera
de alguna de las estaciones de la vida
llena de murmullos sin espera...
Porque la tarde se deja caer angosta
sobre los párpados cansados,

mientras el pez solitario recorre errante
parajes que le parecen familiares
por pequeños instantes...
A veces lento
y otras con ritmo frenético...
Si me acerco me mira osado
diciéndome que él es sólo espejo...
Divergente se torna el horizonte
lleno de nubes de terciopelo,
y una estela de recuerdos frágiles
se va dibujando a lo lejos...

MARIO LOURTAU

ELEGÍA POR CAMPOS PÁMPANO

Volvías desde Lisboa y la palabra muerte
no entraba entre tus planes.

A lo lejos –mermado en lo más alto–
un sol breve hacía las veces de candela
para esas alas tuyas y ese cuerpo
que no habrían de alcanzar al astro con las manos.

Por mucho corazón ensimismado,
por muchas veces que sintieses su presencia
soplar su negro aliento tras tu nuca,
tú no sabías de nieve ni mortaja.

¿Quién te iba a decir, después de todo,
después de haber sembrado con palabras
la vida y sus rastrojos,
que de tu última semilla entre los hombres
habría de germinar tanta tristeza?

Siquiera este refugio, estos húmedos
versos y esta luz –ahora tan blanca–
donde resbala el tiempo,
me acerquen más a ti, poema adentro,
para no hacerte materia del olvido.

Pero la vida en sí nunca perdona
si no sigues saltando por encima
de obstáculos de niebla, de abismos insalvables.
Y así, pasados los 40, la muerte te hizo un hueco
para que no faltases a su cita de marzo, consciente, tal vez,
de tus limitaciones como hombre.

Así llega la muerte a los arcángeles –dijiste en un poema–
y así llegó hasta ti, feroz, tan repentina,
que apenas hubo tiempo para nada:
algunos lienzos blandos, grabados, traducciones,
constantes devaneos contra tu propio sino
y un puñado de versos elevados
al arte de envolver la luz y sus enigmas
con la propia materia del sueño y de la vida.

Y así te fuiste todo, fugaz, entre silencios,
estrella de promesas que adelgaza su estela, y desvanece.
Con todo por hacer dejaste el mundo hueco, te marchaste,
y aquí aún nos seguimos preguntando
hacia un vacío de qué, de dónde, de hasta cuándo,
y qué haremos ahora sin tus versos.

CARLOS MEDRANO

CINCO SEÑALES DE MUJER, EN HOMENAJE

*Un ángel negro de Praga vino a verme esta noche. Me habló
de un caballero. Leonard Cohen lo conoce, no está triste:
“Viajé hasta el Egeo en su melena de amante”.*

ALBA NUNCA ESCRITA

Esperarte.
Me creces en palabras.
Y hay un hueco en mi espalda
donde puedes
poner tu mano
e irte.
Me quedará,
perfil de mi palabra,
el roce de una espada,
luz sin límite.

(1989)

TANTOS AÑOS DESPUÉS

Cuerpo de la memoria,
fugacidad sentida, deleitada,
ánfora de la vida escalonada en música,
risa, iris, renacimiento y suma.
Mujer de tan hermosa
en danza tras la senda florida de sí misma.

(2010)

UN REFLEJO

Besarte, como un templo.
Entrar en ti, descalzo.
Sentir sin sed el rastro
del ave que desciende,
el aire en el abismo,
el alma al deslizarse.
El cuerpo como un fruto
bajo la luz despierto.
El tacto cae a un río.
El día es su corriente.

(2017)

TUAREG

En el desierto,
cada sílaba hermana
es una casa.

Huella de arena.
Cada hueco, el latido
de una persona.

A donde sopla el viento
iré contigo.

Como el ave que vuela
a donde el agua.

(2015)

YOLANDA REGIDOR

CON RAZÓN DICE MI PADRE

Un metepatas. Eso fui desde pequeño. Un defecto como otro cualquiera, me digo para conformarme; pero no es como cualquiera. Nada parecido a tener una cojera, orejas de soplillo o incluso halitosis. No, este es más dañino. Este es de los que te va dejando solo y tarado por la vida.

Supongo que de alguna manera empecé a pifiarla desde el útero de mi madre pues, en el parto, ya salí de pierna; y seguro que seguí liándola de bebé aunque no pueda acordarme, ni mi familia quiera. Sin embargo, cuando mis padres empezaron a plantearse qué hacer conmigo, ya habían querido morirse una y otra vez.

Eso sucedió cuando yo tenía siete años. La Iglesia católica me presuponía indebidamente uso de razón, y los dientes de leche comenzaban a moverse uno tras otro. Cuando alguno empezaba a flojear ligeramente, me invadía el horror de los días venideros, pues se conoce que tenían el nervio recio y tardaban en caerse una eternidad. Días y días de notar ese changarro en la boca, de darlo la vuelta y ponerlo del revés, del canguelo a tragármelo dormido, o comiendo, de empujarlo con la lengua frente al espejo y mostrarlo en plan cuerno, justo a donde yo quería mandar a quien intentara camelarme con la martingala del ratón Pérez del carajo. En fin, un sinvivir.

El caso es que estaba yo en esos días ruinosos, padeciendo con uno de mis piños: un colmillo cabrón que llevaba ya demasiado tiempo acompañándome cual campanilla invertida. Y el badajo que no cedía,

ni para adelante ni para atrás. Y mi madre que si “déjame a mí que te lo agarro con una servilleta y ni te enteras”, y mi padre que si “qué mariquita, si eso no duele”, y mi hermana que si “buah, qué miedica, yo me los quitaba rápido”... y en estas, que apareció mi tío de visita por casa. Yo tenía endiosado a mi tío. Siempre que llegaba traía bajo el brazo algún juguete caro, pues él era de los de entrar a una tienda y llevarse siempre lo que más valía. Tenía aspecto de detective de serie americana, gafas de aviador y un Citroën Tiburón. Era mucho más jovial que su hermana, que era mi madre, y siempre sonreía. Nada más entrar por la puerta, y aunque fuese yo quien le abriera, preguntaba dónde estaba el bicho, o sea yo, me agarraba por debajo de los brazos y me lanzaba hacia arriba con fuerza para espanto de mi madre, que sufría de acrofobia en todos los aspectos de la vida, pues le daban vahídos hasta de imaginar un ascenso de mi padre en la Caja de Ahorros donde trabajaba. Mi tío saludaba al resto del personal y se ponía a pelear de broma conmigo, me hacía la vuelta campera y algún truco de manos nuevo para que chulease en el colegio. Luego se repanchingaba en el sillón donde solía hacerlo mi padre, cruzando las piernas con mucho estilo, y nos contaba su último viaje a América mientras sostenía, haciendo tintinear los hielos, un vaso ancho de whisky que mi madre le había llevado sin preguntar.

–Pero... ¿Lucía no fue contigo? ¿No me digas que la has dejado? –le preguntó mi madre.

–Sí, Marga. Si es que se volvió insoportable. Todo el día queriéndome controlar, que si me pasaba el día fuera, que si dónde estaba, que si salía más con mis amigos que con ella...

Sonó el cerrojo de la puerta y al poco apareció mi padre. Mi tío le saludó con un abrazo y palmaditas en la barriga, “qué bien te cuida mi hermana, cabronazo”. Mientras mi madre proseguía distraída con

la tertulia, mi padre aprovechó la ocasión para servirse él otro whisky, lo que no le libró de que les enriestrara –a él y al vaso– con una aviesa mirada de soslayo cuando se sentó.

–Pero hombre, Lucía es tan buena... –insistía ella–. Y te quiere mucho. Siempre te ha querido, desde niña. Tú has sido su único novio.

–Es que le entró la obsesión de que tenía otra.

–Y seguro que tenía razón, crápula.

–Ja ja ja... No te preocupes tanto por ella, hermanita. Los cuernos de leche no duelen.

–Pues Raulete no te diría lo mismo –intervino mi padre–. Raulete, enséñale al tío la reliquia que guardas en la boca.

Y yo se lo enseñé. Haciendo el cuerno.

–¿Pero qué es eso, hombre?

–Que no se me cae.

–¿Pero has tirado de él?

–Un poco. Pero no se cae.

–Ah, pues yo sé hacer que se caigan solos. Si quieres, lo tienes fuera en un segundo.

–¿Cómo?

–Muy fácil. Es un truco de magia. Ya verás. Voy al baño a lavarme las manos. Tú espérame aquí.

Mi madre se levantó tras él, “espera, que te dé una toalla limpia”, y allí me quedé un momento con mi padre, que aprovechó su ausencia para echarse un poco más de whisky. Cuando volvieron, mi tío abrió la puerta de la sala y me colocó a dos pasos de ella.

–Verás, no te vas a enterar porque se produce por el aire. Nadie te va a tocar nada. Tú solo tienes que abrir bien la boca para que pueda salir, y cerrar los ojos cuando yo te lo diga. Cuando oigas un ruido fuerte, ese diente ya no estará.

Confíe en él. Era mi tío. No iba a tocarme. Solo sería por el aire. Consistía en un truco de magia, y a esa edad no sabes aún que, en la vida y en todos sus aspectos, para que haya magia siempre tiene que haber truco. Me dejé llevar.

“Cierra los ojos fuerte y no los abras por nada, ¿eh?, que si no, no sale”. Mientras recitaba algo en latín o yo qué sé en qué lengua, amarró, tal como supe después, el extremo de un hilo de fibra al pomo de la puerta y, con el otro cabo, “Ahora abre mucho la boca”, hizo un nudo corredizo con el que lazó mi colmillo tan rápido y diestro que ni me enteré. “Abra cadabra... pata de cabra”. Y en aquel instante, sonó el mayor portazo que yo he oído en mi vida, llevándose con él mi diente, mi integridad y mi dignidad. “¡Tachánnn!”.

Me quedé tres segundos tieso, con el ruido de aquel golpe reverberando en mi cabeza y la encía dolorida. Mutilado, humillado y mellado ya, intentaba procesar la sorpresa y la rabia clavando mis ojos desquiciados en la espléndida sonrisa de mi venerado tío.

—¡Tachánnnn! —repitió.

Y entonces, como la bocanada de fuego de un faquir, salió de mí la frase que arruinó por largo tiempo nuestra vida familiar:

—¡Con razón dice mi padre que eres gilipollas!

NOTAS DE LECTURA

AQVA
HILARIO JIMÉNEZ GÓMEZ
(CÁCERES, EDITORIAL
NORBANOVA, 2017).

Este nuevo poemario de Hilario Jiménez es realmente un capricho, una edición preciosa en la que –con las ilustraciones de Deli Cornejo– el autor ha recogido una serie de poemas de todos sus libros que tienen que ver con el agua. Un libro dedicado al agua es un libro dedicado a la vida, en toda su amplitud. Empieza identificando un vaso de agua –el origen cristalino de un vaso de agua– como el territorio del nacimiento de la vida y acaba con una imagen de orines, en un baño, que tiene que ver también con el agotamiento de la vida y con el ciclo que se cierra; aquello que nos alimenta cuando bebemos y aquello que pasa por nosotros y sale de nosotros, como nosotros vamos a salir de la vida.

La organización del libro es muy original porque lo que va haciendo Hilario es coger distintas referencias que tienen que ver con el agua, con la existencia líquida; una existencia que como metáfora invita a pensar en el tiempo que vivimos, en el tiempo en el que habitamos. Una existencia líquida que va matizando todos los detalles de la realidad, desde el licor y la embriaguez de la vida hasta los reflejos que se pueden dar en una superficie acuática, pasando por la lluvia como territorio de la melancolía y de la distancia con el mundo que en ocasiones nos asalta. El autor va planteando las distintas posibilidades de la vida en este mundo acuático; y lo va haciendo también desde distintas perspectivas literarias. Se trata de una

antología personal y por eso están todos los matices de su poesía. A mí me gusta comprobar cómo dentro de esta matización aparecen sus poetas y su escritura se convierte en una reescritura, en una escritura de la escritura; y ahí se encuentra uno la reescritura que Hilario hace de Federico García Lorca, la que hace de Miguel Hernández y la manera con que enfoca las tres heridas que heredamos de la poesía hernandiana o la presencia que tiene de Pablo Neruda a través de la imagen de los ríos. De manera que hay un planteamiento generalizado sobre la vida en una reescritura muy rica de sus diferentes maestros.

El motivo del agua representa muy bien los distintos tonos de la poesía de Hilario Jiménez. Y aquí acaba siendo por una parte una poesía como la suya, meditativa, de toma de conciencia de los límites, de las distancias (algunos poemas son poemas escritos en un cementerio); y por otra parte es una poesía celebrativa donde el amor tiene mucha importancia, porque es uno de los patrimonios fundamentales de esa vida que representa el agua y porque es aquello que nos define y que nos da fuerza para poder luchar contra los límites que suponen la hostilidad y la muerte.

El poema “Otoño” –acomodado en el centro de *AQVA*– con la melancolía de la lluvia y de los tejados se convierte también en una definición moral, en una autobiografía moral; y cuando un poeta se define moralmente está definiendo moralmente el lugar que él considera que ocupa el poeta en la sociedad contemporánea. Y aquí se presenta Hilario como alguien que pertenece a otro tiempo, a

un tiempo de moral, de caballeros andantes, de soñadores, de quijotes frente a una realidad que no va precisamente por estos caminos. La mirada sobre el pueblo (su pueblo, Montánchez) es la mirada sobre la realidad y alcanza un simbolismo sobre la realidad que vivimos, el tiempo que vivimos, la sociedad que vivimos; y la mirada sobre el castillo es la mirada con la que se identifica el poeta para definirse ante esa realidad construida por el olvido, construida por la hostilidad de las cosas que tienen poco que ver con la poesía.

Luis García Montero

COMO SUCEDEN LOS ÁRBOLES
MARIBEL TENA GARCÍA
(VALLADOLID, LA PENÚLTIMA EDITORIAL, 2016).

El poemario, editado por La Penúltima-editorial, vio la luz este mayo de 2016 y en la ciudad de Valladolid. Hace ya un año. Estas notas de crédito son significativas ya que contextualizan formalmente el poemario de Maribel Tena en plena primavera y en la ciudad del mejor castellano hablado. Por otro lado, hay que resaltar de esta edición su cuidada manera de envolver los versos de esta poeta villanovense que siempre nos sorprende.

De entrada, y antes de cualquier análisis, hago un apunte del título de la obra. Este corresponde a los versos de una de las estrofas finales del poema de contraportada. Unos versos que sintetizan lo que el libro desarrolla: *Si sucedemos / como suceden los árboles.*

El poemario consta de tres partes definidas que van desarrollando este suceder de los árboles, 1) “Raíces verticales” (pág., 9); 2) “El perímetro del incendio” (pág. 31); 3) “Aspiración del fruto” (pág. 51). En la primera parte los versos nos hablan de la realidad más próxima, esa que está en el propio crecimiento de nuestro ser y fundamenta lo que somos, un permanente despertar que se hace lección; en la siguiente, los poemas cobran una gran intensidad al desarrollar esa meseta de lo cotidiano donde vivir se convierte en una necesidad solemne que nos devuelve contraluces habitando lugares insólitos y sin dejar de domesticar nuestra existencia; y en la última, los versos se hacen puntos de reflexión que nos llevan a los anhelos universales que no dejan de ser voces vivas que empujan al valiente seguir y adentrarse sin resistencia alguna.

Para acercarnos a este poemario, y con todos mis respetos a su autora, he seguido un método de análisis que permita ver cómo es la arquitectura literaria e intencional de la autora. Este método consiste en leer los primeros y los últimos versos de cada una de las partes observando su complementariedad y coherencia. Hay que decir, sin ambages, que el poemario, éste en concreto, tiene una arquitectura literaria impecable y sugerente, y que –independientemente de análisis– merece la pena leer dejándose llevar por sus versos.

En la primera parte, “Raíces verticales”, los primeros versos son el cimienta perfecto de todo lo que se desarrollará después, diciendo así: *Al pasado siempre le sobrevive / la memoria del pasado. A esos*

versos le unimos los versos finales para descubrir cómo estos complementan el meta-relato: Bien valen algunas canas / lo que aprendí de tantos viajes / un territorio que nunca era yo misma. / No quiero más tiempo que este. / Sea.

Esta parte nos lleva a combinar el pasado y el futuro sin perder de vista la realidad del presente. En los versos de este capítulo hay mucha coherencia argumental, una reflexión que aborda ese arrasamiento de la gravedad y la desmesura, de mirar aquello que uno fue y que sin remedio mantiene lo que se es. En esta primera, el yo literario tiene la capacidad de hacernos mirar, al lector, desde los ojos migrantes de la grulla *movida tan solo por la fuerza de la costumbre*. La costumbre, la bendita costumbre que nos mantiene en el norte de unos abrazos, de lo cercano, provocando ese escaso idioma: *cada abrazo prende la mechal de un pequeño verbo incendiado*.

En la segunda parte, “El perímetro del incendio”, y siguiendo el esquema de análisis propuesto, se observa que comienza con una estrofa de cinco versos que habla de viajes: *Nadie debería marcharse / antes de haberse convertido sus manos / en este quebradizo pergamino / bajo el que se lee / el mapa de nuestra sangre*. Y es en este mapa, que marca la orografía de nuestra sensibilidad, donde se entroncan los versos de un poema final con notas de protesta y reivindicación y donde lo cotidiano, como el comer, se convierten en puntos de inflexión que nos retrotrae *al rumor trágico de otros mundos / que están en este; a los niños ahogados en el vino medio caro que hemos elegido; a la adolescente / que lucha contra*

el frío con un fino plástico... Es imposible no releer, una y otra vez este nudo de la obra, esta meditación que no pretende nada más que acercarnos a lo que somos y a donde estamos.

La tercera y última parte, “Aspiración del fruto”, nos deja con ganas de más versos de este tipo, con ansias de morder más fruto de esta categoría. Se inicia con un poema titulado “Mayo”, con unos versos que sintetizan todo lo anteriormente contado: *Demos por comenzada / la época en que se oye a las flores abrirse / en su aspiración de fruto*. Unos versos reveladores que nos enfrenta al ideal de lo que, como humanos, tendríamos que ser. De esta forma, los versos finales de esta última parte arrancan en cada una de las estrofas, a modo de canon, con verbos en imperativo, así: *inaugura...*, *abre...*, *colma...*, *respira*. Porque es así, si queremos mantenernos en la primavera de lo existencial tendríamos que estar inaugurando, abriendo, colmando y despacio, muy despacio, respirando y *penetrados por el misterio...* *Un misterio, este, en el que el yo literario confiesa creer y que es el de todo aquello / sobre el que se posan mis ojos* –dice.

Se agradecen libros como este, en tiempos revueltos como el nuestro. Un magnífico poemario de Maribel Tena, al que hay que acercarse porque en él hay esas recomendaciones valientes, como estas –con tonos heideggerianos–, de no nombrar el ser para evitar que desaparezca: *Tantas veces / lo que está en el aire, / lo que ha empezado a amarse sin remedio, / deja de pertenecernos si se nombra.*

Faustino Lobato

CUADERNO DE LA LUZ DORMIDA
PLÁCIDO RAMIRO CARRILLO
(MADRID, EDICIONES
BETURIA, 2016).

El último poemario del vate puebleño ronda los territorios de la nostalgia, como casi todo el corpus su obra. No en vano su cita de Rilke y esa “patria del hombre que es la infancia”, siempre retornada (siempre añorada), es un certero dardo en mismo vórtice del ser humano. Los poemas de Plácido Ramírez tienen sabor a médula, a sustancia de hombre. Están habitados de añoranza (no de autocompasión), envueltos con las dentelladas de la vida (no de cicatrices egotistas), del instante “habitado” (nunca del recuerdo amnistiado). Porque si algo destila la palabra del poeta es “universalidad”. Y lo hace en el sentido ecuménico del término. Porque su palabra certera es válida para todas las épocas, para todos los países, para todos los tiempos.

Otros bardos hubieran escondido su aflicción en el engranaje de la confusión dialéctica (el tema lo sollicita), el andamiaje de la afectación y el edificio de la algarabía. Estos temas universales se prestan a ello, y a metafísicas citas que más que poesía, semejan sesudas tesis doctorales en Filosofía. Plácido Ramírez Carrillo convierte la (aparente) sencillez en su arma más certera. La brevedad del verso en ariete. La exactitud del verbo en mensaje contundente.

Hay melancolía en los versos, pero la herida siempre es aliviada con el bálsamo de la memoria, la incertidumbre aplacada con la melodía de la esperanza. Toda la obra del poeta es un cántico permanente a lo que ya no está y a lo que permanece

porque un día existió. No hay nada más hermoso que esas referencias constantes a lo amado. A lo ya vivido como motor de lo venidero, a lo anhelado como arma de futuro.

Imposible decir más con menos. Este minimalismo de tardes azules, retratos amarillentos y luces dormidas, constituye el arma contundente del poeta para acometer los abismos comunes a todos los hombres, los rincones inexplorados.

En estos menesteres el cantor de Puebla de la Reina es un árbol señero, un peregrino solitario que comparte sus paisajes, que sueña una palabra que “se hace llovizna adolescente”.

Son 38 senderos poéticos henchidos de vida, plenos de esperanza (que no está reñida con la nostalgia), oferentes de futuro (que tampoco lo está con el recuerdo), en un creador que cada vez destila más la palabra. Que a cada libro exprime en su alambique de alquimista (y algo titiritero, sin duda) la supremacía total de la palabra, la cadencia del verbo, la síntesis del vocablo.

De este modo nos invita a navegar con él, en ese mar inmisericorde (y adictivo) que es el territorio de la poesía. Una travesía para la que todos no son aptos; exigente y vocacional; durante la cual es fácil encontrar escollos y cantos de sirena. Quitarle a la palabra las capas innecesarias, el oropel superfluo. Deshabitarla de escollos. Dejarla desnuda en su origen, en su sentido primitivo. Devolver a la palabra a su infancia original. Al paraíso perdido de su niñez. Eso es poesía. Y de esto, Plácido Ramírez sabe un rato.

Francisco Collado

CUARENTA AÑOS DE POESÍA
JOSÉ MARÍA DEL ÁLAMO
(BADAJOZ, EDITORIAL
REJAS, 2016).

La recopilación *40 años de poesía* de José María del Álamo acoge numerosas muestras de su curriculum reivindicativo, que ha ido difundiendo, durante las últimas cuatro décadas, en revistas, libros, tertulias, recitales y actos colectivos, donde ha intervenido como cooperador de todas las causas nobles, porque es una persona que se siente indignada ante la miseria, la injusticia, la falta de cultura y, en definitiva, ante el dolor del mundo; ese que gratuitamente producen los poderosos a los desheredados solo para acumular más poder y más riqueza: “El señor de la cartera / tiene el tejado de oro. / La mansión donde reside / es del esfuerzo de todos” (“Antipoema para tiempo de crisis”). Contra esa obsesión ha compuesto, durante ese largo periodo de tiempo, versos vigorosos que transmiten su enérgica repulsa contra todo lo que sea un atentado contra la dignidad humana: “Los niños de Somalia / no son como otros niños: / no saben qué es la tele, ni juegan por la calle. / [...] / Los niños de Somalia / no parecen niños: / son seres casi muertos /entre miseria y hambre” (“Niños somalíes”). Entre sus máximas preocupaciones se encuentra la triste situación que sufren muchas mujeres en numerosos lugares del mundo, donde son explotadas en el trabajo, violadas en la calle y maltratadas en casa: “No cantan mariachis / en las puertas del miedo, / en la cuna del hambre / ni en el dolor mordido. / [...] / NO es tiempo de palabras, / pero el hacha del

miedo / ha de ser derrotada / por la razón que emerge, / doliente y generosa, / en la voz del poeta” (“Ciudad Juárez”).

No obstante, también compone versos emotivos e, incluso, enternecedores cuando trata temas como los que muestran arraigo a la tierra (“Tal vez el sol se sienta proletario / y quiera transformar tu arquitectura / con el grito del pueblo solidario / esgrimiendo tu nombre Extremadura”, “En-clave 92”), el amor (“Te quiero porque sueño / la piel de tus mejillas / el sabor de los besos / que tus labios desgranar. / Te quiero porque siento / que siempre te he tenido / asida en el pequeño / rincón de mis palabras”, “La piel de tus mejillas”) o la poesía (“La vida tiene un poema / prendido de las pestañas: / el corazón de las hienas / destroza las esperanzas”, “La voz del poema”). Además, Del Álamo es un poeta que, como padre, ha tenido la entereza de hacer frente a la adversidad y de transmutarla en poesía: “Y así siguió mi vida su sendero, / creándote un mañana con esmero, / estando en ti pendiente cada día. // Se trastocó la lluvia en aguacero, / se le apagó el brillo a mi lucero / y se inundó de llanto mi poesía” (“Inma”). También ha dedicado parte de su temática a homenajear a poetas (Machado, Lorca, Alberti, Manuel Pacheco, Robles Febré) o pintores como Cañamero o Ángel Cervera, del que destaca su pintura comprometida y su carácter libre: “La lluvia del pincel, la mano diestra, la imaginera mente, limpia y ácrata / dibuja sobre el lienzo tu sonrisa (de tristeza infinita dibujada)” (“Poema para mirar un cuadro de Ángel Cervera”).

Antonio Salguero Carvajal

*EL ESCORPIÓN EN LA
CAJA DE BOMBONES*
JOAQUÍN BENITO DE VALLE
BERMEJO
(CÁCERES, LETRAS CASCA-
BELERAS, 2016).

Tercera obra publicada de este autor cacereño que se caracteriza por una escritura imaginativa, caótica en apariencia, una brillante lucidez y con un humor inteligentemente ácido en ocasiones, tal como manifiesta en este libro de poemas singular y subyugante.

Con el extraño título de *El escorpión en la caja de bombones* recoge cuatro poemarios con una amplia diversidad de temas que, como dice el encabezamiento de uno de sus poemas más acertados “no viene a hablar de muerte sino de esperanza”.

El Libro I, “Cosmología del kraken”, se inicia con una cita sobre lo extraño, de Carlos Edmundo de Ory. Compuesto por veinticinco piezas que tratan, entre otros temas, de la importancia de las pequeñas cosas que convierten en grande la existencia, además de recuerdos poéticos y manifestaciones muy diferentes, a acciones y sucesos de la vida diaria.

El Libro II, “Macedonia de frutas prohibidas”, comienza con una cita de Albert Camus sobre la necesidad de amar. Más breve que el anterior, catorce poemas, no le va a la zaga en cuanto a su propuesta de sensaciones y matices poéticos, destacando las referencias a los miedos de la niñez prolongados a la vida adulta, al deseo, a los amores platónicos o a la adolescencia.

El Libro III, “Macedonia de falsos haikus”, supone un acercamiento y una interpretación muy personal de las tendencias orientales y del haiku japonés: El amor y el desamor en las estaciones del año, los sueños inalcanzables, el sexo sin verdadero amor son los aspectos más recurrentes. La continua búsqueda del amor es el elemento fundamental que capitaliza esta tercera parte.

A modo de epílogo, el Libro IV, “Propinejas”, consta de cuatro poemas, uno referido a las leyendas nórdicas y otros tres con el amor como fuente de inspiración una vez más.

Invito por tanto al lector a abrir esta caja, a saborear sus bombones llenos de humor e ironía no exenta de sabiduría, siempre con la originalidad de una voz propia. En cuanto al escorpión que en ella se oculta, solo le proporcionará una picadura de placer ético y estético fruto del tono creativo que el autor concede a sus versos.

Vicente Rodríguez Lázaro

ERA
ANTONIO CASTRO SÁNCHEZ
(BADAJOZ, FUNDACIÓN CAJA
BADAJOZ, 2017).

Después de algunos años sin publicar Antonio Castro Sánchez hace entrega de una nueva obra, esta vez un poemario: *Era*, editado por la Fundación Caja de Badajoz.

La obra se sitúa en el recuerdo de la infancia, o mejor dicho, en el recuerdo

como objeto poético desde donde nuestro autor desarrolla un imaginario particular, un universo íntimo que sin pudor va descubriendo al lector. El espacio físico donde construye este mundo personal y poético es Garlitos. Este es un pueblo de la zona meridional de la Siberia extremeña, donde Antonio vivió y soñó los diez primeros años de su vida. Sí, Garlitos, ese lugar de *paso estrecho y de encrucijadas*, será, en esta creación, el lugar poético donde deambulan los sueños y una manera de existir, vigilados por la diosa Minerva.

La reseña la centraré en varias cuestiones: La que hace referencia al título, *Era* y la de los elementos que conforman el contenido de los poemas, en primera persona.

Era, hace referencia al tiempo del verbo ser que se emplea para hablar de acciones del pasado –pretérito– y que todavía no han concluido. Inteligente nuestro autor porque con el título nos subraya el contenido total de la obra. Al titularlo así, nos señala que lo que nos cuenta en su libro no van a ser restos muertos almacenados en la memoria sino piezas vivas, siempre presentes.

El título podría haber sido un érase pero la intención de Antonio Castro, reitero, no es la de contar algo del pasado y de forma imprecisa, sino de hablar de aquello que las emociones hacen presente lo ocurrido en cada gesto, en cada sueño... Y así lo expresa nuestro autor en el último poema que titula de la misma forma, “Era”: *Sé lo que tengo, lo que fui... / Reconozco el valor incalculable de cada segundo recuperado / en el pecio sumergido en los mares del Era...*

La segunda cuestión es la del contenido explicado en quince poemas. Estos son de verso libre, de siete, once y catorce sílabas que se ordenan en las estrofas dándole un ritmo particular a través del cual se muestran el poso clásico de nuestro autor. Pero no viene al caso comentar el estilo, ni el continente estético de la obra sino los elementos que le dan contenido. Importante subrayar que en este poemario se desarrollan los versos finales que bien podrían ser el pórtico del libro: *Yo sé bien lo que tengo. / A vosotros os tengo, la infancia que me disteis / el universo entero en un vocablo / y el pulso agradecido que me siembra / con luces del ayer / los ojos del mañana.*

Esto es *Era*, un poemario donde la dinámica, la acción continua deun ayer se hace hoy, presente, y trasciende al futuro. Así es, los poemas marcan los tiempos incluyendo en ellos gestos y acciones significativas, que permanecen en el existir del poeta.

En un primer bloque de poemas se anota el gesto de enfrentar la muerte. El poeta sabe que este hecho nos hace más humanos al tomar conciencia de nuestra fragilidad. Pues bien, aquí, en estos versos su padre, carterero del silencio, es quien habla o mejor musita “La noticia” de la muerte del abuelo. Apenas siete años, apunta el yo lírico como indicativo del crecimiento de la sabia nueva sobre el lecho de lo muerto-vivo. Y en este recorrido breve, que nos abre a los gestos de los mayores, los versos nos acercan a la madre-amantísima, a “La abuela”. *Era tan diminuta –dice–, / de sencilla que era, tan humilde / que nombraba las cosas con los ojos. Esta se fue, silenciosa y callada, / también como una sombra.*

Más tarde, casi en el centro del poemario, volverá sobre este asunto *Eran días de penas y guadañas*, sigue diciendo el yo poético, trayendo a la palestra del recuerdo la “Muerte de un minero”, una muerte donde las lágrimas contenidas son engullidas en los latines amargos, de un *poeta-niño perplejo ante el dolor*.

Y es que la infancia-consciente que el yo lírico trae a la memoria, se transforma en un presente continuo, que duele. De esta manera dirá que *“el silencio dormido en las maletas / que voraz despertaba y que barría / las voces y las risas de todos los rincones*, marcando “La partida”, esa por las que el yo dirá que le *duele la infancia*.

Si nos quedáramos en este grupo de poemas parceláramos este libro en lo más metafísico de él, por eso al avanzar el lector se dará cuenta que, en esta antología del recuerdo, aparecen varios elementos y uno en especial, el tiempo como protagonista. Este tiempo va engarzando, como un hilo conductor, las realidades de lo cotidiano donde *los recuerdos son mares*, dice el poeta. Y así, de forma muy emotiva el yo literario, pone en vivo imágenes intrascendentes, como lo vivido en “Aquellos veranos” y que de manera mágica los versos transforman en momentos llenos de luz de los que el poeta no puede desprenderse.

A partir de estos primeros poemas, entramos en otro grupo donde las emociones surgen hasta marcar la deriva de unos versos llenos de expresiones metafóricas, de estrofas que empujan al descubrimiento solemne de lo sencillo en un presente que arde en las cenizas vivas del pasado que acaban dando su fruto. Como “Las palabras del padre”, esas que el au-

tor hace suyas. Junto a estos versos otros ponen en vivo el vibrar de los sentidos, como las estrofas de esos “Besos de azucar” que acercan al poeta a *la playa donde habita*. Sí, todo se pone al descubierto marcado por un recuerdo que apunala, al modo más cabalístico, hasta el día, el mes y la hora, por ejemplo de “El castigo”. En este poema, con guiños a la oración del Padrenuestro, se muestra ese hábitat de lo temporal en el que aparece la paradoja de una tensión de contrarios donde se sucede a la vez un *perdón y un castigo tras la puerta*.

Sin lugar a dudas, el tiempo, el cronos magnificado, es en este libro un elemento protagonista, tan es así que el poeta lo convierte en objeto de sus versos y a veces ese era, se convierte en un erasé una vez de “El cuento interminable”, en el que *las palabras recobraban su poder en los labios paternos*. El tiempo, en este lugar, lleva a la evocación siempre de los momentos más significativos, esos que se graban a fuego en el alma y permanece para siempre *entre el barro y las risas de un futuro imperfecto* de los “Días de escuela”, los días en los que el yo lírico *adivinó la capital de Honduras*.

Sí, el tiempo lo marca el poeta, también, de forma significante en las cuestiones más comunes hasta engrandecerlas, como el ritual de “El esquila”. Cómo no recordar el trabajo común de esta región con el ganado ovino. Aquí, como en el resto del poemario, las metáforas saltan con asombro entre las estrofas, como *la música mineral de las tijeras tomando la calle*. Ese mismo asombro se vuelve admiración al repasar los gestos de “La primera vez” de la misa temprana, cotejada por la-

tines. Sí, la mirada del poeta era *un nido de asombro en la retina*.

Sin lugar a dudas, en este libro, Antonio Castro nos traduce, con maestría y en versos, lo vivido en acciones universales. Y desde esto vivido se habla hasta del acto más trivial, como “El apedreo”. En este poema, nuestro autor se pregunta *¿qué pasillo separa / la violencia del juego?* Importante traer a la memoria, hasta este hecho intrascendente convirtiendo las piedras en sueños. Este y otras vicisitudes versificadas llevan a relativizar todo, como el yo lírico comenta: *empiezo a comprender ahora / (qué) dormir no significa / la derrota del sueño*.

Esto es *Era*, un poemario para leer despacio, dejándose invadir por la emociones de unos hechos –aparentemente baladíes– que hacen del pasado un lugar de encuentro. *Era* es una creación en la que nuestro autor diseña, entre versos, una guía capaz de adentrarnos en el imaginario universal de aquello que fue y que sigue vivo. Porque, aunque parezca paradójico, este mundo pretérito es la vez una realidad presente.

Faustino Lobato

HABITAR

JOSÉ ANTONIO SANTIAGO
(MADRID, COLECCIÓN ELSA
LOPES, OFICINA DA LINGUA
PORTUGUESA, 2016).

La colección *Elsa Lopes* nació en el ámbito del idioma del poeta Camões, con la filosofía de otro grande de la literatura portuguesa, Fernando Pessoa,

«Dios quiere, el hombre sueña y la obra nace», lema del proyecto *Oficina da Língua Portuguesa*. Con el nombre de la persona que acogió a los autores y dio la cara por una pequeña colección, ya con tres publicaciones en portugués, español y gallego, la colección *Elsa Lopes* asume las ganas de convertirse en un proyecto editorial afín, transfronterizo, pero independiente de su cuna, con un ideal iberrista, de armonía entre todas las culturas y lenguas de la península, como resumió en su diario Miguel Torga, «todas hermanas y todas independientes».

«Creo que te va a gustar más el segundo texto; *Casar la Casa*, que el primero, *Poetizar o la necesaria superstición del lenguaje*», me dijo José Antonio Santiago (JAS) cuando publicó *Habitar* en esta colección. Ambos textos me llegaron con el efecto pretendido de un excelente ensayo, riguroso en investigación y argumentación. Sin embargo, el que me trajo más reflexiones fue el primero, esa mirada sobre el acto de poetizar, que es en sí mismo, el acto del lenguaje en cualquiera de sus formas. Me atrevo a decir que, esta primera parte, el autor celebra la poesía y el lenguaje en general como un territorio más que, de manera sucedánea o «supersticiosa» intenta territorializar un mundo amplio e imposible de acotar. En esta contradicción de territorializar y acotar desde algo tan intangible como la poesía y el lenguaje, encontramos una posible morada de la poesía y una justificación de habitabilidad para el ser humano sensible a este territorio artístico.

¿Dónde habita entonces la poesía? JAS disecciona el verbo para llegar a la necesidad del hombre en seguir habi-

tando en su humanidad, restituyendo a través del lenguaje un mundo que se nos presenta habitualmente y, precisamente por mor de su misma habitualidad, como extraño, desrimado o incongruente, algo connatural al mismo paso del tiempo, o a la misma territorialidad, presa de amenazas que alteran su ritmo vital. Así nos dice el autor: «Preservar. Una labor humilde, precaria y contingente, tan natural en sus diversos estratos, así en el animal como el hombre, que se lleva a cabo en este último activamente –y en la medida de lo posible– a partir de materiales, que también, y sobre todo son en gran medida, simbólicos, artísticos».

Desde la reflexión más filosófica de la primera parte, llegamos a otro territorio, más tangible, marcado biológica y biográficamente por la señalización espacial y temporal. La casa nos define en todas nuestras condiciones privadas. Su territorio resulta un elemento transversal a las diversas culturas y tradiciones erigidas por la humanidad desde siempre. En el modo de habitar, en las divisiones de la casa, JAS nos remite hacia lo primario de la vida. Los cuatro elementos: fuego, tierra, agua y aire, elementos sin los cuales el verbo, quizás, no pudiera existir. La casa es el elemento aquí diseccionado. La cocina, sin *glamour* y sin deconstrucción, realista; la sala, con una reminiscencia del portugués, «de estar»; el cuarto de baño, donde todos efectivamente somos reyes sin corona en un trono de igualdad; y por fin desde la esencial verticalidad del ser humano, llegamos a la horizontalidad de la habitación: suma de tantas necesidades, placeres y lecho. Lecho diario, vital, de sueños, sexual y de muerte. La

división donde suele cohabitar el inicio y el fin.

Pero el final de este libro se acerca a otro tipo de habitar, el del habitar en el otro, evidente en el discreto como en el autor, que concluye en el capítulo “Próximo”. Aquí el ensayista, el filósofo, libera al poeta que, como dice Elías Moro, no asume en voz alta para no incurrir en abominable arrogancia. Lo asumo yo. *Habitar* es un libro, una casa abierta a gente que en él quiera abrigarse.

Luis Leal

*HAERE MAI. UN VIAJE
A NUEVA ZELANDA*
JUAN MARÍA SANTOS
(AMAZON, 2017).

Treinta y nueve mil setecientos treinta kilómetros en avión, cinco mil novecientos veintiuno en autocaravana, cien en barco, unos cincuenta mal contados en helicóptero y algunas decenas a pie son la distancia recorrida durante un mes por Juanma Hoyas, Begoña y su hijo Inari –seis años– para descubrir nuestras antípodas. *Haere mai*, bienvenido en maorí, es un libro que nos lleva por las tierras de la *Larga Nube Blanca*. Con una prosa ágil, marca de la casa, el autor nos hace partícipe de esta intrépida aventura familiar. Como en sus libros anteriores, Juanma hace gala de haber realizado una previa –ya se sabe, los buenos viajes comienzan mucho antes de hacer las maletas–, importante y minuciosa tarea documental que se refleja en la narración, escrita a vuelapluma sobre el terreno. En

su relato no se limita a describir los pormenores geográficos y logísticos del recorrido (cosa que, por otra parte, lleva a cabo de forma impecable y amena); además, como los buenos escritores viajeros, incorpora a la narración su visión personal de los neozelandeses y su interacción con ellos, acercándonos la historia y cultura locales, mostrándonos las ciudades y –sobre todo– una naturaleza abrumadora e imponente; transmitiendo, en definitiva, la forma de ser y de estar en el mundo de los *kiwis*. Porque, a la larga, estas relaciones humanas son las que más posos dejan tras el viaje, tras cualquier viaje.

Cuando cierras la última página de *Haere mai*, el desasosiego se apodera de ti y sientes unas ganas irrefrenables de ir tras los pasos de estos tres viajeros, de ver con tus propios ojos el reflejo del Monte Cook sobre las aguas heladas del lago Tekapo. O de sobrevolar en helicóptero el Fox, el Franz-Joseph y el Tasmán, los míticos glaciares. O también, cómo no, las de contemplar la majestuosidad del volcán Ngauruhoe, sentir en tu cara el viento helado de los Alpes Neozelandeses, cruzar en ferry el estrecho de Cook para desembarcar en la Isla Norte y disfrutar de un arco iris en las Rainbow Falls o darse un relajante baño en las aguas termales que brotan en las arenas de la Hot Water Beach.

Hay un momento en todo viaje en que uno flota en una especie de ingravidez no física, pero sí mental: llevas tanto tiempo fuera de casa que ya ni recuerdas cómo empezó todo. Deja de preocuparte lo que te queda por delante o lo que dejas irremisiblemente atrás. Disfrutas de un instante que no tiene parangón ni ramificaciones

futuras. Es lo más parecido a la dicha que he podido encontrar; aunque no se trata de una felicidad pasional ni desatada sino dulce y tranquila, fabricada de pequeñas cosas. Estoy vivo, estoy aquí. Y tengo la suerte de despertarme por segunda vez a la vista de unos volcanes nevados que elevan el horizonte al otro lado de las aguas del lago. ¿Verdad que es suficiente?

Un libro muy recomendable si deseas viajar a Nueva Zelanda. Físicamente, o desde el sillón de tu casa.

Nicanor Gil González

LA VIDA ES LO QUE LLUEVE
PILAR GALÁN
(BADAJOZ, DE LA LUNA
LIBROS, 2016).

A mí, al principio, no me gustó este último libro de Pilar Galán; mejor dicho, no me gustó tanto como me habían gustado siempre de primeras sus colecciones de relatos. Quizá lo leí muy deprisa porque el libro invita: treinta dos y relatos muy cortos, pocas páginas y yo algo saturado de lecturas..., la mente puesta en vacaciones inminentes..., en fin, lo dejé correr para más adelante. Cuando volví a leerlo, de nuevo rápidamente, lo confieso, lo primero que descubrí es por qué no me había gustado en la primera lectura. La respuesta es muy sencilla: porque me hizo mucho daño, porque no estaba esa ironía jacarandosa que tanto caracteriza la literatura de Pilar Galán, porque la risa (que la hay) dañaba como tragar cristales rotos, porque todo estaba irremediablemente teñido del óxido de la tristeza

prolongada y los manotazos para apartarla herían como los golpes de un niño chico que no controla sus fuerzas. Y es que la autora transpiraba la amargura de circunstancias, no por previsibles, menos dolorosas; porque Pilar Galán, en suma, había devenido en aquel pessoano poeta fingidor que trata de hacer pasar por literatura la inmensa pena de lo decadente y, al final, irremediable. Y lo lograba de tal manera que hacía indistinguible lo que era vida y lo que es narración (como si alguna vez ambas cosas pudieran deslindarse). Esa es la razón de por qué me incomodaba tanto; porque, por una vez, las palabras de la autora no me ayudaban a evadirme, antes al contrario, me agarraban el cuello, me inmovilizaban el rostro y obligaban a mis ojos a mirar de frente a esos personajes que supuran abandono y que más que nunca podrían ser cualquiera de nosotros mismos.

Y esto es, sobre todo, lo que “llueve” en estos relatos, algunos de los cuales se ubica ya, con pleno derecho, en el currido podio de los que la autora lleva escritos. Un principio como “Donde habite el olvido” pone un listón casi imposible para lo que vendrá después; sólo por este ya merece la pena la inversión. Pero pronto iremos sumando bastantes más: aquellos sendereados en torno a los fracasos vitales (“Infinitas nanas”, el tristísimo “Filling gaps”), los que constituyen las piezas de lo que podría considerarse auténtico meollo narrativo de la colección, por orbitar, desde distintas perspectivas, en el común asunto de la degradación y la pérdida definitiva (el terebrante “Cien palabras”, “Mangla ranglan”, “Ordo recutus”, el magnífico “Tu rumbo a torcer

alcanza”, “Nadar sabe mi llama el agua fría”, el abarcador “Las lágrimas de las cosas”, el exigente, pese a todo, “Duelo” y el valentísimo “Sara Montiel no es mi padre”, cuyo colofón es lo único que sigue sin gustarme del libro, porque me da miedo tomármelo como una declaración de intenciones si lo saco de contexto: “seguir escribiendo ya no tiene sentido”, concluye el mismo y eso es lo único en lo que tengo claro que nuestra autora al final miente).

En el saco quedan otros que nos traen el ácido (en esta ocasión, negrísimo) humor de la autora; un tanto pasado de rosca, todo hay que decirlo, quizá por lo que mencioné al principio de estas palabras; aunque “Tardes de noviembre” y “Querido Emiliano” mantienen el sobrado buen hacer de Pilar Galán en este campo, en otros, que prefiero no poner de relieve, el tiro se le va un poco alto. No faltan tampoco los juegos literarios (desopilante ese “Don Juan”) y los homenajes a los alumnos que tanto la inspiran: magnífico y vivencial “Selectividad. Junio”. Y, ¿cómo no?, las agudísimas disecciones de la vida en pareja, de su fracaso más bien (“Anuncios”, el conmovedor “Piel de zapa” o el amargo “Bicicleta estática”) que vuelven a cargar la mano en el pesimismo vital que embarga a este (al final) fantástico libro, del que sólo cabe desear que haya logrado redimir tanto a su autora como a nosotros nos ha sacudido el perímetro completo de aquello que algunos hasta podrían considerar el alma.

Pilar Galán ha llegado hace tiempo a eso que antes nos ilusionaba y ahora tememos más que a un nublado: la ma-

durez; y para los chaparrones de la vida no hay más que intentar precaverse como sea. Y para los bandazos de la literatura no cabe otra receta que escribir cada vez mejor, como ambos están haciendo. Ya es hora de ir dejando aquello (que tanto enrabietaba a Pilar) de “jóvenes promesas”: el espectro de la narrativa breve contemporánea debe contar inexcusablemente con su nombre.

Enrique García Fuentes

MANUAL DE PÉRDIDAS
JAVIER SÁNCHEZ GARCÍA
(MADRID, EDITORIAL
MERCURIO, 2017).

La trama principal de la novela *Manual de pérdidas* es el viaje en sí pero creo que eso sería banalizar todo lo que contiene entre sus páginas. Es una novela que habla de una enfermedad dura pero que, a pesar de todo, nos muestra la imagen más humana pero también la más egoísta de la misma. La idea del viaje como vía para relatar la vida del personaje es un recurso muy llamativo, que hace que sea muy fácil adentrarse en la historia pero sin duda lo mejor de la novela son todos los temas que trata, sin que el lector sea apenas consciente: Miedo, ansiedad, amor, amistad, eutanasia, son algunos de los aspectos que nos vamos a encontrar en esta historia.

La manera de escribir del autor es exquisita. Con su prosa poética es capaz de transmitir todo aquello que describe, haciendo que el lector sea capaz de imaginar todo aquello que Abdón ve pero

también de sentir todo el miedo y la ansiedad que experimenta.

La historia se divide en tres partes claramente diferenciadas. En la primera conocemos a un protagonista receloso, poco afable y muy egoísta. Aquí veremos cómo empiezan a aparecer los primeros síntomas de la enfermedad. La segunda se centra en el viaje que realizarán Virginia y Abdón e iremos conociendo secretos y hazañas de nuestro protagonista. En la última parte veremos el estado en el que la enfermedad deja a Abdón y su desenlace.

Me gustó mucho que el autor jugase continuamente con el tiempo, entremezclando hechos del pasado y del presente. Es algo que da más profundidad a la novela y que nos permite conocer mejor la vida del personaje principal.

La manera con la que el autor es capaz de ir plasmando la evolución propia de la enfermedad me parece impecable. No tanto por lo exhaustivo, que también, sino más bien por ser capaz de mostrar ambas perspectivas: la del enfermo y la de los familiares.

Algo que debo resaltar es el final. Sin grandes dramas, sin dobleces, sin remordimientos. El autor es capaz de coger un tema que muchos rechazan y que genera una gran controversia en la sociedad española y, sin darle el protagonismo que cabría esperar, lo plasma.

Yo sólo puedo darle las gracias por ese final porque, en muchos casos, nos olvidamos de que “*para haber vivido con dignidad hace falta morir con dignidad*”.

Manual de pérdidas es una de esas novelas a las que merece dar una oportunidad. Una obra que se lee en un suspiro

y que, a pesar de su corta extensión, es capaz de contar una historia bonita, dura y real.

Marta Elena Calvo

PLANES PARA NO ESTAR MUERTO
DIEGO GONZÁLEZ
(MÉRIDA, EDITORA
REGIONAL DE EXTREMADURA,
2016).

Diego González (Villanueva de la Serena, 1970) no es un escritor visible. Y cuando digo visible quiero decir que como tal se deje ver. Desde el principio aceptó que escribir no es lo mismo que publicar, porque lo primero puede ser una necesidad casi existencial del autor pero lo segundo no es un castigo que el lector deba sufrir así como así. Acostumbrado a escribir mucho pero a utilizar medios diversos de expresión como el documental televisivo, el cortometraje o la publicidad, afortunadamente para él, sus libros aparecen muy de tarde en tarde, pero no nos dejan indiferentes. Es, pues, su indudable calidad lo que hace al lector desear algo más, quizá, que esas publicaciones no se espacien tanto en el tiempo.

Planes para no estar muerto (ERE, 2016) corrobora lo anterior. Han pasado nueve años desde que en 2007 se publicara su primera novela corta, *La importancia de que las abejas bailen*. Sin duda, entonces, ya se adivinaba, tanto a través de esta obra como de otros poemarios editados, que Diego González había optado por una escritura novedosa, original

y que asumía el riesgo de perder cualquier tipo de corriente formal o temática. Eso comienza a hacer reconocible su estilo. *Planes para no estar muerto* viene a confirmar su apuesta personal, la cual ha dejado de ser tal para convertirse en la propia voz del autor, que se identifica con ella y que resulta inescindible de su labor creadora.

Planes para no estar muerto es una nouvelle que concentra la intensidad del género corto y el desarrollo estructural de una narración larga. Para ello usa dos armas: tener algo que contar y saber hacerlo. Diego se interesa por historias originales, tanto en la principal como en las secundarias, y escribe con un lenguaje sencillo y preciso dejando claro que escribir bien es escribir lo justo y que contar bien es contar lo necesario.

Con un trinomio de enigmáticos personajes chinos, cargados con sus historias e intrahistorias, el narrador, uno de ellos, desempeña una doble tarea: por un lado contar una historia a modo de un cuentacuentos, capaz de mantener el interés casi hipnótico del lector que se va adentrando en el hilo argumental sin distracciones. Por otro, sumirnos en un relato exótico, lleno de los elementos mágicos y sobrenaturales de la tradición oriental, y generoso de matices y connotaciones ajenos en ocasiones a una mentalidad europea.

Planes para no estar muerto exige al lector una lectura reposada, incluso una segunda lectura, pero, a cambio, le proporciona excelente literatura. Tras las trasnochadas diatribas literarias de principios del XXI –casi todas las literarias son estériles– sobre si la novela debe

ser argumento o si éste puede diluirse en la propia forma, Diego, en esta pequeña novela, es capaz de demostrar que pueden conjugarse ambas corrientes y salir absolutamente airoso.

Antonio Reseco

«TURIA PASA
POR EXTREMADURA»
(REVISTA CULTURAL TURIA.
NÚM. 121-122. TERUEL, 2017).

En la, digamos, redención de la literatura en Extremadura, juega un papel fundamental Luis Landero y su novela *Juegos de la edad tardía*. Por vez primera la unión del sustantivo *escritor* y la del adjetivo *extremeño* dejaba de tener un carácter peyorativo. De ahí que parezca tan acertado que su obra ocupe el “Cartapacio” central del número doble 121-122 de la acreditada revista *Turia*. De ella dan buena cuenta los trabajos de Elvire Gomez-Vidal, perfecta introducción a la literatura landeriana, Luis Beltrán Almería, Raúl Nieto de la Torre, Fernando Valls, Irina Enache, Analía Vélez de Villa, Alfonso Ruiz de Aguirre, Epicteto Díaz Navarro, Natalie Noyaret, Antonio Rivas y Gonzalo Hidalgo Bayal, “lector afín”, que nos ofrece en “El héroe y sus heterónimos” una lectura penetrante y clarividente de la narrativa del de Alburquerque, a modo de ensayo. Estos magníficos trabajos se completan con otro texto no menos extraordinario: “Devaneos de lector”, que firma el propio Landero. “Yo amo los detalles”, escribe, y: “la memoria es poética”. En una larga entrevista que

le hace Emma Rodríguez, nuestro autor afronta numerosos asuntos vitales y literarios. Cierra el “Cartapacio” una biocronología realizada por Ruiz de Aguirre. Se trata, en realidad, siquiera en parte, de un esbozo de biografía, aunque no falten datos meramente bibliográficos.

Pero el voluminoso número de *Turia* da, por suerte, como nuestra pequeña literatura, para más. Así, en la sección “Letras”, Domingo Ródenas se ocupa por extenso en su artículo “*Larvatus prode*: variaciones Cercas” de la obra del autor de *Soldados de Salamina*, un “novelista consciente”, según él. En “Taller”, el diplomático y escritor Luis María Marina rescata “25 epigramas y un diálogo” del raro mexicano Carlos Díaz Dufó. Eugenio Fuentes deja la serie negra y se traslada a la Semana Santa con el relato “Saeta”. El impertinente José Luis García Martín publica nuevas páginas de su no menos osado diario. Manuel Neila, consumado aforista y antólogo de aforismos, reúne unos cuantos en “Pensamientos del malestar”. Otro tanto hace José María Cumbreño, aunque los suyos tengan mucho de cuento o de poema. Y Elías Moro, con sus “Guadianescas”.

En lo que atañe al apartado de “Poesía”, se inaugura con una selección de poemas del portugués Manuel António Pina vertidos al español por Antonio Sáez Delgado. Es de agradecer que se señale nuestro vínculo portugués y rayano. Siguen los de Andrés Trapiello, Pureza Canelo, Basilio Sánchez, Inma Chacón, José Antonio Zambrano, Santos Domínguez, Efi Cubero, Álex Chico, Mario Martín Gijón, María José Flores, Javier Pérez Walías e Irene Sánchez Carrón. En-

tre los incluidos en esa sección, dos poetas ligados a Extremadura: el asturiano Jordi Doce y el catalán Eduardo Moga.

En “Pensamiento”, Manuel Pecellín firma un artículo sobre el historiador y economista Ramón Carande. En “Conversaciones”, Fernando del Val entrevista a Gonzalo Hidalgo Bayal. Tampoco faltan en la sección “La Torre de Babel” reseñas con nombre extremeño, tanto de críticos como de autores. Subrayo, para terminar, las espléndidas ilustraciones, incluida la de la portada, auténticos poemas visuales, obra de Antonio Gómez.

Álvaro Valverde

*ÚLTIMOS DÍAS CON FERNANDO,
EL MAYOR REY DE LAS ESPAÑAS*
ROSA LÓPEZ CASERO
(MADRID, EDICIONES
BETA, 2017).

Estamos ante una nueva novela histórica de nuestra autora de cabecera por Excelencia, Rosa López Casero, que se perfila desde hace años como una notable escritora sobre los acontecimientos que se han ido desarrollando en España a lo largo de los siglos, dedicando siempre un sitio de honor a Extremadura, que ocupa un lugar destacado en sus novelas. Es un modo de darnos a conocer nuestra tierra, de sentirla, de vivirla.

Últimos días con Fernando es un canto a la figura de este rey, a menudo eclipsado por la personalidad de su esposa, Isabel de Castilla. Fernando ejerció una labor relevante en el devenir de la

Historia trabajando sin descanso por la grandeza de Castilla, en detrimento de su propio reino de Aragón.

La obra está dividida en tres partes, cada una consta de varios capítulos cortos, densos, emocionantes, y viene introducida por un mapa de situación que nos ilustra sobre el recorrido que hacen los reyes en aquella época. Abrimos el libro con un árbol genealógico, que nunca debe faltar, nota de la autora y prólogo, para cerrar con el epílogo, glosario histórico y galería de personajes. Un tomo muy completo que despeja todas nuestras dudas.

En esta novela el rey escribe sus memorias hacia el final de sus días, mientras descansa por tierras extremeñas en busca de salud. Hace balance de su vida y obra, descubrimos una nueva España, usos y costumbres de una sociedad dividida y enfrentada, en la que nobles y clero tenían mucho que decir; asistimos a la instauración de la Inquisición y la expulsión de moros y judíos, dos de los aspectos más negativos de su reinado. Un rey que modernizó el ejército, creó la diplomacia moderna, legisló a favor del pueblo.

Mediante estas memorias que nos ofrece la autora, estamos muy cerca de Fernando, viajamos y guerreamos con él, le sentimos amar y sufrir, soportar estóicamente junto a su esposa el dolor que le produce las muertes de dos de sus hijos y de su nieto, y el sufrimiento por las vejaciones a las que es sometida su hija Juana por su esposo el Archiduque Felipe. Conocemos así al estratega, al rey, pero también al hombre, un batallador nato, un amante impetuoso que tuvo varios hijos bastardos amén de los legítimos.

Una existencia, la de nuestro Rey Católico, plagada de acontecimientos. Y que tras la muerte de su esposa Isabel, casó con Germana de Foix, sobrina del Rey de Francia, en un intento por combatir el reinado de Felipe el Hermoso que tantos sinsabores le produjo y por tener un hijo varón que fuera su heredero. Quizá la Historia se hubiera contado de otro modo. Sin embargo, sería Carlos, el primogénito de Felipe y Juana quien renun- ciaría en su persona todos los reinos de España.

Y entre luces y sombras, huyendo de Madrigal, donde un adivino pronostica su muerte, viene a morir a Madrigalejo. No anduvo muy equivocado el agorero. Porque el destino nos aguarda, aunque intentemos esquivarlo.

Merche Miranda

UN OTOÑO EXTREMEÑO
MARIO MARTÍN GUIÓN
(BADAJOZ, EDITORIAL
REGIONAL DE EXTREMADURA,
2017).

No es por la nombradía de muchos de los escritores que han pasado por ella (y eso que una nómina que incluya nombres como Javier Cercas, Eugenio Fuentes, Jesús García Calderón, José Luis García Martín, Manuel Vicente González, Félix Grande, Alonso Guerrero, Gonzalo Hidalgo Bayal, Juan Ramón Santos, José Antonio Leal Canales, Carlos Lencero, Jorge Márquez, Javier Rodríguez Marcos o Julián Rodríguez ya concita práctica-

mente la totalidad de quienes algo pintan en el panorama de la literatura extremeña de los últimos treinta años; y si, encima se le añaden invitados tan ilustres como un José Luís Peixoto, pues ¿para qué decirles?); es por lo bonita que es, por lo bien cuidadas que aparecen sus entregas, desde la calidez del papel a la belleza inmarcesible y siempre atrayente de sus portadas. Por todo eso “La Gaveta” ha sido siempre el buque insignia de la Editora Regional de Extremadura. Y por eso me alegra sobremanera que, tras unos años de silencio y olvido aparente, vuelva a estar poblada de nombres que también significan y aportan en el ámbito literario de nuestra región.

Mario Martín Gijón es uno de ellos, y, curiosamente, uno de los pocos que ha tenido el privilegio de “doblar” en esta colección. Hace ya unos años apareció *Inconvenientes del turismo en Praga* y ahora recibimos esta reciente *Un otoño extremeño*, una entrega que, cuando menos, no desmerece ante el elenco antes citado. En esta breve *nouvelle*, que arranca con el ya un tanto manido recurso del manuscrito encontrado, leemos cómo un profesor alemán, Thomas Jung, especialista en patologías forestales, viene a Extremadura a tratar las variedades atacadas por una extraña enfermedad. Al tiempo que queda fascinado por los paisajes de nuestra tierra, intenta (sin que parezca que lo consiga del todo) ir dejando atrás un pasado traumático, tanto en lo amoroso como en lo familiar. En su breve estancia entre nosotros tiene tiempo de entretener (y sufrir en carne propia) los atosigantes (y catetos) atoladeros de la vida universitaria mientras logra establecer una

estimulante relación con Cristina (Silva Ramos, para más señas), la joven doctora por la que se siente atraído.

La estancia del profesor alemán en nuestra tierra dura escasamente un curso escolar. Es un compañero del departamento el que encuentra, aparentemente olvidado, un cuaderno de anotaciones personales que Jung dejó antes de marcharse. Lo que nosotros leemos es la traducción que este colega efectúa (y en la que se escapa alguna errata, todo hay que decirlo). Las entradas van todas fechadas, la primera el 19 de septiembre, la última el 7 de junio, y llama mucho la atención la disparidad de las mismas: temporadas en las que se acumulan muchas y otras en las que la escritura decae; más o menos pueden asimilarse al hilo de los sentimientos que el profesor confiesa en sus anotaciones.

Un delicado (y más que agradable) aire a Thoreau flota a lo largo de este breve relato; la comunión del alemán con nuestra tierra es, definitivamente, como decíamos arriba, lo que lo redime de su postración; lamentablemente se aliarán diversos hechos —que van desde estúpidas decisiones burocráticas a las lesiones que un amor no consumado a gusto de todos provoca— que obligan a la despedida definitiva de nuestro protagonista, de nuestra tierra y de cuanto en ella amaba. No desvelo nada en lo que digo, pues el lector conoce desde la primera página que cuanto va a leer lo protagoniza alguien que ya no está.

En fin, un agradable relato (que personalmente me recuerda a esas animosas tentativas que lleva a cabo la “Fundación Ortega Muñoz”) en el que, al lado del

decantado amor por la naturaleza y la previsible historia amorosa se cuelan rezagos de crítica política (Merkel se lleva lo suyo) y social, fundamentalmente de nuestra entidad como extremeños. No me resisto a concluir con este párrafo en que se define a la ciudad de Cáceres con tan envenenadas palabras: “Al contrario que la mayoría de villas españolas, no tiene ni litoral ni río al que asomarse para verse la cara, y así tiene esa apariencia desgredada (...) con un aire de ama de casa aturrida que no sabe recibir a los visitantes y preferiría que no la hubieran molestado”.

Enrique García Fuentes

ÍNDICE

1.- «A favor de la belleza», Fermín Herrero	7
2.- «Poesía en braguetas», Diego González.....	15
3.- «Un centenar de palabras airadas», José María Lama.....	27
4.- Colaboraciones literarias:.....	41
• Inma Chacón	43
• Efi Cubero	46
• José Manuel Díez.....	48
• Luciano Fera	50
• Antonio Galán.....	53
• José García Alonso.....	56
• José Luis García Martín	58
• Jesús María Gómez y Flores	61
• Carmen Hernández Zurbano	63
• Hilario Jiménez Gómez	66
• Marisa de Llanos Pérez.....	67
• Mario Lourtau	69
• Carlos Medrano.....	72
• Yolanda Regidor.....	75
5.- Notas de lectura:.....	79
• <i>AQVA</i> , Hilario Jiménez Gómez.....	81
• <i>Como suceden los árboles</i> , Maribel Tena García	82
• <i>Cuaderno de la luz dormida</i> , Plácido Ramírez Carrillo.....	84
• <i>Cuarenta años de poesía</i> , José María del Álamo	85
• <i>El escorpión en la caja de bombones</i> , Joaquín Benito de Valle Bermejo.....	86
• <i>Era</i> , Antonio Castro Sánchez.....	86
• <i>Habitar</i> , José Antonio Santiago.....	89
• <i>Haere mai. Un viaje a Nueva Zelanda</i> , Juan María Hoyas Santos.....	90
• <i>La vida es lo que llueve</i> , Pilar Galán.....	91
• <i>Manual de pérdidas</i> , Javier Sánchez García	93
• <i>Planes para no estar muerto</i> , Diego González.....	94

• <i>Revista cultural Turia</i> (núm. 121-122).....	95
• <i>Últimos días con Fernando, el mayor rey de las Españas</i> , Rosa López Casero	96
• <i>Un otoño extremeño</i> , Mario Martín Gijón.....	97

La libertad es el gran espejo mágico donde toda la creación
pura y cristalina se refleja; en ella se abisman los espíritus tiernos
y las formas de la naturaleza entera.

NOVALIS



www.aeex.es

aeex@orange.es

aeexsocios@gmail.com

NÚMERO 9

O O
JO JO
EJO EJO
PEJO PEJO
SPEJO SPEJO
ESPEJO ESPEJO
LESPEJO LESPEJO
EL ESPEJO EL ESPEJO
EL ESPEJO EL ESPEJO
LESPEJO LESPEJO
ESPEJO ESPEJO
SPEJO SPEJO
PEJO PEJO
EJO EJO
JO JO
O O